

9 Mayo 78

32-30

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CURA
DE ALDEA,

DRAMA

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

OCTAVA EDICION.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—60.

OFICINAS: POZAS—2—2.^o

1877.

L47 - 7082

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.º DE ABRIL DE 1877.

| TÍTULOS. | Actos. | AUTORES. | Prop. que corresponde |
|---|--------|---|--------------------------|
| COMEDIAS Y DRAMAS. | | | |
| Á las puertas del cielo..... | 1 | D. J. Jackson Veyan. . . | Todo. |
| Dos enemigos íntimos..... | 1 | E. Zamora y Caballero | » |
| El mejor juez, la conciencia..... | 1 | L. Parejo y Reina... | » |
| El que escupe al cielo..... | 1 | Guillermo Perrin.... | » |
| El tesoro de los sueños..... | 1 | José Jackson Veyan.. | » |
| El viejo Miloch ó la guerra de Servia.. | 1 | Leopoldo Parejo.... | » |
| Enciclopedia..... | 1 | Calixto Navarro... . | » |
| Breton..... | 1 | Emilio Ferrari..... | » |
| Cazar con liga..... | 1 | Eduardo Inza..... | » |
| La agencia matrimonial..... | 1 | D. ^a Asuncion Lozano... . | » |
| La justicia de Dios..... | 1 | D. L. Parejo y Reina... | » |
| La ley del trabajo..... | 1 | Mariano Chacel..... | » |
| La primera noche..... | 1 | Mariano Chacel..... | » |
| María..... | 1 | José María Nogués.. | » |
| Me caso..... | 1 | Esteban Gaarrido... | » |
| Para el corazon no hay clases..... | 1 | L. Parejo y Reina... | » |
| Quien á hierro mata..... | 1 | Emilio Ferrari..... | » |
| Quien no se vence á sí mismo..... | 1 | Leopoldo Parejo.... | » |
| Sñar despierto..... | 1 | Leopoldo Parejo.... | » |
| Una bolsa de aceite..... | 1 | Pedro María Barrera. | » |
| Una casera modelo..... | 1 | D. ^a Asuncion Lozano... . | » |
| Una justa literaria..... | 1 | D. Leopoldo Vazquez... . | » |
| Un pollo fiambre..... | 1 | E. Jackson Cortés... . | » |
| Una tempestad de verano | 1 | Julio Nombela..... | » |
| Un conspirador..... | 1 | Navarro... . | » |
| Un detalle de la vida..... | 1 | Adelardo de la Calle. | » |
| El señor de Manzanillo..... | 2 | Salvador M. Granés.. | » |
| El sombrero del ministro..... | 2 | Sres. Nombela y Castillo. | » |
| Para tal culpa tal pena..... | 2 | D. José Echegaray..... | » |
| El corazon de una madre..... | 3 | José Luis Clot..... | » |
| El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses..... | 3 | R. G. Santisteban... . | » |
| Haz bien..... | 3 | Miguel Echegaray... . | » |
| La mancha en la frente..... | 3 | Sres. C. S. Bravo y Esté- ban Garrido..... | » |
| Lo que no puede decirse..... | 3 | D. José Echegaray..... | » |
| Realistas y Puritanos..... | 3 | José Luis Clot..... | » |

ENCUENA DE ALDEA

EL CURA DE ALDEA.

José Rodríguez

EL CIRIA DE ALBANA

EL CIRIA DE ALBANA

EL CIRIA DE ALBANA

EL CIRIA DE ALBANA

[Faint handwritten signature]

EL CIRIA DE ALBANA

EL CIRIA DE ALBANA

EL CIRIA DE ALBANA

55-6

EL CURA DE ALDEA,

DRAMA

EN TRES ACTOS, EN VERSO,

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Estrenado en Madrid en el Teatro del PRINCIPE, la noche del 24 de
Diciembre de 1858.

OCTAVA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

EL CURA DE ALDEA

CHAMA

EN TRES ACTOS EN VERSO

DE

EMILIO FERRE ESCOBAR

QUINTA EDICIÓN

RAMÓN

1971

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 27 de Noviembre de 1859.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Ref. 1.º 22. lib 30.

PERSONAJES.**ACTORES.**

| | |
|--------------------|---|
| MARÍA..... | D. ^a EMILIA MOSCOSO DE VALERO. |
| PETRA..... | ADELA ZAPATERO. |
| EL PADRE JUAN..... | D. JOSÉ VALERO. |
| GASPAR..... | ANTONIO PIZARROSO. |
| ROQUE..... | FERNANDO OSSORIO. |
| DIEGO..... | JOSÉ OLONA. |
| RAFAEL..... | EMILIO MARIO. |
| UN POBRE..... | BENITO CHAS DE LA MOTE. |
| UN SARGENTO..... | GERÓNIMO SUNYÉ. |
| ANASTASIO..... | RAMON BENEDÍ. |
| ROMUALDO..... | EDUARDO MOLINA. |

Niños, mujeres, pobres, aldeanos, soldados y gente del pueblo.

La acción se finge en el Carrascal del Obispo, provincia de Salamanca, durante la guerra civil.—Los trajes, de charros.

ACTO PRIMERO.

Valle pintoresco: en mitad del teatro se apoya sobre dos grandes rocas un puente de tablas, por debajo del cual se desliza un arroyo que se pierde por el foro izquierda. Monte al fondo, en cuya falda se ven las primeras casas de una aldea. En el primer término de la izquierda una ermita; en la pequeña torre de ésta, una campana de bronce, de la cual pende una sogá que pasando por unas argollas de hierro termina junto á la puerta de entrada, á la que se sube por unas gradas: en el de la derecha la casita del cura, con cobertizo y empalizada rústica: junto á ésta hay un banco de piedra. La acción comienza ántes de amanecer.

ESCENA PRIMERA.

PETRA, ANASTASIO, ROMUALDO y algunos aldeanos con guitarras y panderetas, bajan por el puente y se dirigen á la casa del cura. Cuando llegan al banco forman un corro.

ROM. ;Quién va á cantar?

PETRA. Anastasio.

ANAST. No señor, que cante Petra,
 que es mujer, y además tiene
 mucha gracia y la voz fresca.

TODOS. ;Que cante! ;Que cante!

PETRA. En cama
 tengo postrada á mi abuela,
 y como el barbero ha dicho

- que sin remedio la entrega,
no quiero cantar, que al fin
y al cabo, yo soy su nieta.
- ANAST. Anda, tonta, ¿qué más da?
ROM. Y aun suponiendo que muera:
Dios es Dios, y cuando Dios
dice: «Fulano á la espuerta,»
no hay más que doblar el cuello,
morirse y tener paciencia.
- PETRA. Mas si ella sabe...
- ANAST. Mal año
alcance y mala cosecha
al primero que le diga
que has cantado. Con que, ¡ea!
que se templen las guitarras,
y vamos á ver si echas
dos coplas por esa boca.
- ROM. Pero que sean honestas;
porque ya sabeis que el cura,
siempre que nos sermonea,
nos dice que los cantares
que ponen la faz bermeja
son enemigos ocultos
que nuestro cuerpo atormentan.
- Todos. ¡Corro! ¡Corro!
(Se cogen de las manos, y forman un corro, dejando
en el centro á Petra y Romualdo.)

ESCENA II.

DICHOS, DIEGO, RAFAEL, que bajan del monte precipitadamente, y se introducen en el corro de los aldeanos dando empellones.

- DIEGO. ¡Corro!
ROM. ¡Corro!
TODOS. ¡Diego! (Retrocediendo.)
ANAST. (¡Ya se agüó la fiesta!)
(Todos se apartan de Diego.)
DIEGO. Venga una guitarra, quiero
cantar la copla primera.
RAFAEL. La mía no.

(Retrocediendo y ocultando detrás de su cuerpo la guitarra.)

- ANAST. Ni la mia. (Id.)
- DIEGO. Quiero cantar, ménos réplicas,
Si hay alguno entre vosotros
que á contrarestar se atreva
mi voluntad, que alce el dedo. (Pausa.)
¿Callais? Bien, enhorabuena.
Venga, pues, esa guitarra,
y jalcad bien, babiecas.
(Pretende quitar la guitarra á Romualdo.)
ROM. Vamos, que no quiero.) (Forcejeando.)
DIEGO. ¡Imbécil!
- ROM. Que no quiero.
- DIEGO. Aunque no quieras.
- ANAST. ¡Que se rompe! ¡Que se rompe!
(Se rompe la guitarra.)
¡Ya se rompió!
- ROM. Si no fuera...
- DIEGO. (Es preciso que espantemos (Á Rafael.)
á estos gansos.)
- RAFAEL. (Á Diego.) (Pues comienza
el belen cuando te plazca,
y conmigo siempre cuenta.)
- DIEGO. (Vamos, pues.) Dame la tuya.
(Á un mozo, que se la da sin replicar.)
Buen chico. Oido, mozuelas.
(Diego se pone á templar la guitarra, y rompe una
cuerda, y así sucesivamente hasta tres, segun lo
indica el diálogo.)
¡Ya se rompió una cuerda!
- PETRA. ¡Y otra!
- ANAST. ¡Y otra!
- ROM. ¡Y otra!
- ANAST. ¡Ya no hay paciencia!...
- DIEGO. ¡Qué demonio de carraca!
(La rompe contra el banco de piedra y la tira al
arroyo. Luégo se dirige á Romualdo y le dice.)
¡Dame el tuyo!
- ROM. No la suelto.
- DIEGO. ¡Hola! ¿No quieres á buenas?
- ROM. No señor.
- DIEGO. Pues será á malas.

ANAST. Es que á malas, aquí hay piedras.

DIEGO. ¿Sí? Pues yo tengo otra cosa
que mata á los que apedrean.

(Diego saca un par de pistolas del bolsillo, las monta y apunta con ellas á los aldeanos, que echan á correr despavoridos por las distintas veredas del monte. Diego y Rafael les acompañan dando gritos y carcajadas hasta las primeras rocas del fondo; luégo bajan al proscenio.)

ESCENA III.

DIEGO y RAFAEL.

DIEGO. ¡Já, já, já! Antes de poco
irán á darle la nueva
á mi padre.

RAFAEL. Pues ya puedes
revestirte de paciencia
para oír...

DIEGO. Cumplí veinie años; (Con orgullo.)
su amenaza no hace mella
en mi corazon.

RAFAEL. No niego
que es tu voluntad enérgica;
mas, Diego, la de tu padre
no es más flexible. Recuerda
que hace dos años te hallabas
en Salamanca, y la nueva
llegó al autor de tus dias
de que con harta frecuencia
tú visitabas las *vimbas*,
émulo de las cuarenta;
y escribiéndote una carta...

DIEGO. Que yo dejé sin respuesta. (Con rapidez.)

RAFAEL. Sí... pero como él es hombre
que tiene poca paciencia,
montó á caballo, fué á verte,
te encontró jugando...

DIEGO. Cesa.

RAFAEL. Y entre cuatro peseteros ¹
te hizo volver á la aldea;
donde te tuvo encerrado
un mes, sin que te valiera
ser su hijo.

DIEGO. ¡Basta!... Basta.

RAFAEL. ¿Te enfadas?

DIEGO. No, me molesta
oir hablar de mi padre;
y hoy que sus puertas me cierra,
ni debo temer sus iras,
ni llamar debo á su puerta.

RAFAEL. Vé que es tu padre.

DIEGO. (Con sarcasmo.) ¡Mi padre!
Quiso la naturaleza
darme un padre, que no ha dado
de padre ninguna prueba.
Libre soy; ántes de mucho
por fin dejaré esta aldea
que me vió nacer. El aire
que respiro aquí envenena.
Aquí todos me rechazan,
todos me espian, me celan:
no hay uno que cariñoso
su mano amiga me tienda;
arrendatarios serviles
del mismo que el ser me diera,
por no enojar á su dueño
hasta su amistad me niegan.
Mas yo los desprecio: á nadie
necesito...

RAFAEL. Diego... ¿y ella?

DIEGO. ¡María! ¡María! ¡Oh! Sólo
tú iluminas las tinieblas
que en mi mente se amontonan
trastornando mis ideas.

(Se dirige hacia la casa del cura, y Rafael le de-
tiene.)

¹ Cuerpos francos, conocidos vulgarmente por *peseteros*
en tiempo de la guerra.

- RAFAEL. ¿Á dónde vas?
DIEGO. Voy á hablarla.
RAFAEL. ¿Y si el padre Juan?...
DIEGO. No temas,
Está en el pueblo asistiendo
á un enfermo.
RAFAEL. Diego, espera.
DIEGO. ¡Esperar!... Antes que el alba
con su luz bañe esa sierra,
quiero saber si María
á seguirme está resuelta.
RAFAEL. ¡Diego!
DIEGO. Rafael, escucha.
Todo el oro que posea
mi padre, me pertenece;
mi sangre es suya, su herencia
mia... la paz imposible
entre los dos. Como ella
admita... (Sale Roque de la ermita.)
RAFAEL. No estamos solos.
DIEGO. Mira. (Le indica la puerta de la ermita.)
DIEGO. ¡Calla!
(Le coge del brazo y le conduce al fondo evitando
que les vea Roque.)

ESCENA IV.

DIEGO y RAFAEL, en el fondo. ROQUE en las gradas de la ermita.

- ROQUE. Por si llegan
los muchachos, la campana
dejemos donde la vean.
(Roque deja una campana de mano en la pila del
agua bendita, que debe hallarse junto á la puerta, y
luego baja al proscenio. Estremeciéndose de frio.)
¡Ah!... Por más que el padre Juan
madrugar nos aconseja,
no lo creo conveniente
si está la mañana fresca.
(Roque se queda mirando á la ventana de casa del
cura.)

Cuando miro esa ventana
se rebullen las ideas
ocultas de mi magin,
y se bajan á la lengua
haciéndome más cosquillas...
Pero, Roque, no seas bestia,
que aún no ha llegado la hora
de que la comarca sepa
lo que tú tienes oculto...
día llegará... y etcétera.
Vamos á tocar á misa,
pues si el padre Juan me encuentra
aquí... En el nombre del Padre,
(Perseñándose.)
del Hijo y...
(Se dirige pausadamente hácia la ermita. Diego y
Rafael bajan del fondo para encontrarle.)

DIEGO. Tú de una oreja, (Á Rafael.)

yo de otra, lo aseguramos,
y mientras hables con ella
me lo tienes resguardado
junto al charco de la huerta.

(Diego y Rafael cogen á Roque por las orejas. Roque da un grito y cae de rodillas.)

ROQUE. ¡Jesús!

DIEGO. ¡Silencio!

ROQUE. ¡Socorro!

DIEGO. Ni una palabra. (Le tapa la boca.)

RAFAEL. ¡Ni media!

DIEGO. ¿Quién eres?

ROQUE. ¡Ay! (¡Mea culpa!)

DIEGO. Responde.

ROQUE. Tenga paciencia.

Yo soy el correvedile
del clérigo de la aldea,
el pregonero del pueblo
y el sacristan de la iglesia.
Al que me manda le sirvo;
el que me busca me encuentra;
cuando me amenazan callo,
pues, si me enfado, me pegan;
y soy un sér tan paciente,

que he tenido la paciencia
de no impacientarme nunca
aunque impacientarme quieran.

(Todo este trozo con mucha rapidez.)

DIEGO. Tú has de ignorar que me has visto:
si hablas, te arranco la lengua.

ROQUE. Soy un ser tan ignorante,

(Con temor y sonriendo.)

de ignorancia tan completa,

que por ignorar, ignoro

la madre que me pariera.

DIEGO. ¡Já! Já!

ROQUE. ¡Y se están riendo!

DIEGO. Llévale.

(Á Rafael, el cual coge bruscamente á Roque por un brazo y le arrastra hácia el fondo á pesar suyo.)

ROQUE. ¿Á dónde me llevan?

RAFAEL. Sigue y calla.

ROQUE. Mea culpa...

DIEGO. Luégo iré á buscarte. (Á Rafael.)

ROQUE. Mea

culpa, mea...

(Rafael se lleva á Roque por el foro derecha.)

DIEGO. No perdamos

el tiempo. El día se acerca

(Diego se acerca á la ventana de la casa del cura y llama suavemente.)

ESCENA V.

DIEGO, MARÍA desde dentro de la casa.

MARIA. ¿Qué busca tan de mañana

en el valle? (Desde dentro.)

DIEGO. Á tí, María.

MARIA. Pues vuelve en siendo de día. (Id.)

DIEGO. Abre, por Dios, tu ventana.

MARIA. ¿Tanto importa?

DIEGO. Un corazon

que en sordas luchas se agita,

verte, hablarte necesita

para hallar su salvacion.

- MARIA. ¿Eres Diego? (Asomándose á la ventana.)
DIEGO. Diego soy.
MARIA. Por fin volviste.
DIEGO. ¿Podía
no volver, si el alma mia
quedaba aquí?
MARIA. Es que hace hoy
que te ausentaste seis días,
y por tu ausencia angustiada
pasé una y otra velada
esperando... y no venías.
DIEGO. ¿De mi amor dudaste?
MARIA. ¡Quita!
Sin la fe, sin la esperanza
nada en el mundo se alcanza:
aquí la duda no habita.
Cuando tardas mucho, espero,
y á solas mi amor exhalo,
que aunque dicen que eres malo
confío en Dios y te quiero.
DIEGO. María, ¿por qué el destino
quiso, por ser más ingrato,
que te hallara este insensato
en mitad de su camino?
¿Por qué, niña angelical,
tu amor vino á ser mi eden,
si ese amor que fué mi bien
hoy se convierte en mi mal?
MARIA. Diego, tu acento me aterra,
mas á comprender no acierto...
DIEGO. Nuestro amor, María ha muerto,
porque abandono esta tierra.
MARIA. ¡Dios mio!
DIEGO. Cruel el hado
que en mi daño se recrea,
hoy me arranca de esta aldea.
MARIA. ¿Por qué? Por qué?...
DIEGO. (Con sentimiento.) Soy soldado.
MARIA. ¡Pero de ese mal se infiere
que va á remediar el daño
tu padre!
DIEGO. Mi padre há un año

que por hijo no me quiere.

MARIA. ¡Pero él es rico!

DIEGO. Si á fe.

MARIA. Su herencia te pertenece.

DIEGO. Pero ni él su oro me ofrece,
ni yo á pedirselo iré. (Con orgullo.)

MARIA. Vé, y con tu llanto subyuga
su altivez: yo te lo exijo.

¿Qué padre llorar ve á un hijo
y sus lágrimas no enjuga?

DIEGO. El mio. (Con energía.)

MARIA. ¡Diego!

DIEGO. Sí, el mio. (Pausa.)

MARIA. ¡Ah! tu respuesta me asusta.

DIEGO. Jamás en su frente adusta,
nunca en su aspecto sombrío
su amor paternal brilló;
que ni aun en su cuna el niño
ni una frase de cariño
ni un beso de él recibió.
Mi madre, único consuelo
de mi niñez afligida,
la amargura de esta vida
trocó por la paz del cielo.
Del hijo el dolor profundo
no alivió el amor de padre,
que al perder Diego á su madre
lo perdió todo en el mundo.
Desde entónces tuvo empeño
en castigar cruelmente
la culpa más inocente,
el delito más pequeño;
y su esquiva condicion
causó al niño tanto mal,
que al fin el amor filial
se secó en su corazón.

Y tanto y tanto sufrí
con el trato que me daba,
que yo hacer daño anhelaba,
cual me lo hacían á mí. (Pausa.)
Con fuerzas para luchar
contra su atroz tiranía,

me asaltó la idea un día
de huir del paterno hogar;
y á él no tornaré jamás,
aunque el oírlo te asombre,
que en mi padre veo á un hombre...

MARIA.

¿Y nada más? (Con asombro.)

DIEGO.

¡Nada más! (Con energía.)

Sé que mi altivez le irrita
y sé que el rogar es vano:
ni él me tenderá su mano
ni Diego la necesita.

MARIA.

Diego, tu mente delira.
Él es tu padre.

DIEGO.

No cejo.

MARIA.

Diego, que un hijo es espejo
en donde el padre se mira.

DIEGO.

Piensa que su maldición
mi justo enojo provoca.

MARIA.

Maldecir pudo su boca,
mas nunca su corazón.
Vuelve tranquilo á su hogar,
sin temor que de tí huya;
si tu sangre es sangre suya,
¿cómo no ha de perdonar?

DIEGO.

Nunca.

MARIA.

(Con sentimiento.) Por mi amor te ruego...

DIEGO.

No ruegues, que en vano fuera.

MARIA.

Ya que tu orgullo supera
á mi amor, mi amor te niego.

DIEGO.

¡María!

MARIA.

Aunque no te cuadre,
lo que con pena te digo,
no vengas á hablar conmigo
sin el perdón de tu padre.

DIEGO.

¡Qué dice, Dios infinito!
Sin tu amor la muerte quiero.

MARIA.

Tu amor aquí vive entero.

DIEGO.

¡Ab!

MARIA.

Su perdón necesito.

(María cierra la ventana. Diego se abalanza para detenerla, y al ver que ha sido inútil, dice con desesperación.)

ESCENA VI.

DIEGO solo.

¡Oh! ¡Su perdon necesita!
Corro... Pero no... ya es tarde.
Vamos, corazon cobarde,
sigue tu lucha maldita.

(Diego desaparece precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA VII.

Varios MUCHACHOS aparecen en el puente corriendo. Al llegar al camino que conduce á laescena se detienen. El PADRE JUAN sale por la parte contraria del monte. Trae una cesta llena de frutas.

Muc. 1.º ¡Alto aquí! (Deteniendo á los demas.)

Muc. 2.º ¡Perico! Andrés!

¡Alinear!

(Los muchachos se ponen en batalla delante del camino.)

P. JUAN. ¡Válgaes Dios!

(Apareciendo en el monte y viendo á los muchachos.)

¡Eh!

Muc. 1.º ¡Á la una! Á las dos!

P. JUAN. ¡Muchachos! ¡Eh!

Muc. 1.º ¡Á las tres!

(Los niños bajan á carrera tendida la rampa del monte en direccion á la ermita, y se lanzan todos en tropel sobre la campana que dejó Roque. El Padre Juan, apoyado en la barandilla del puente, permanece inmóvil hasta verlos llegar, y cuando esto sucede, les dice sin moverse del sitio.)

P. JUAN. Un día os vais á estrellar.

Vamos, ¿y quién la cogió?

Muc. 1.º ¡Yo!

Muc. 2.º ¡Fuí yo!

Muc. 3.º

¡Fuí yo!

Todos.

¡Fuí yo!

P. JUAN. ¡Silencio!

(Desde el puente baja á la escena, se dirige á donde están los muchachos, les quita la campana que se están disputando, y viendo á uno, el más pequeño, y que bajó el último, se acerca á él y le dice.)

Tuya es, Gaspar.

Muc. 1.º Padre Juan, si él á las gradas no llegó, y...

P. JUAN. ¡Deslenguado!

¿Y á usted quién le ha autorizado para echar su cuarto á espadas?

Muc. 1.º Es que yo...

P. JUAN. Basta de empeño:

yo adjudico la campana,
item más, esta manzana,
á él, por ser más pequeño.

Á ver, ¿y ese pantalon?

(Reparando en el traje de uno de los niños, y atrayéndole hácia él.)

¿Quién te le ha roto?

Muc. 1.º ¡Perico!

Muc. 2.º ¡Embustero!

P. JUAN. Cierra el pico.

Muc. 2.º ¡Mosca!

Muc. 1.º ¡Chismoso!

P. JUAN. ¡Chiton!

(Pausa. El Padre Juan reprende con dulzura á uno y luégo á otro.)

¿Piensas que ignoro tus hechos?

Tú eres un desobediente,
que has hecho un chirlo en la frente
al hijo del fiel de fechos.

Tú ayer hiciste novillos...

Muc. 2.º ¡Yo!...

P. JUAN. Me lo ha dicho tu abuela.

Muc. 2.º (¡Soplona!)

P. JUAN. ¡Perder la escuela!

¿Y por qué?

Muc. 2.º Fuí á coger grillos.

P. JUAN. ¡Grillos! ¡Bien! De esa manera
no hay duda que medrarás,
pero tú no lo harás más...

MUC. 2.º No, señor.

P. JUAN. Toma una pera.

(Sacándola de la cesta, que habrá dejado junto al
banco, y dándosela al muchacho.)

MUC. 1.º Deme usted una. (Se la da.)

MUC. 3.º ¡Á mí! (Id.)

TODOS. ¡Á mí!

P. JUAN. ¡Hola! ¡Vuelve el somaten?
Sed desde hoy hombres de bien
y os las doy todas.

TODOS. Sí, sí.

(El Padre Juan se sienta en el banco, los chicos le
rodean y los reparte fruta de la cesta.)

P. JUAN. Tomad, y de la memoria
nunca borreis mis consejos,
que el que respeta á los viejos
tiene segura la gloria.

No riñais, que anhelo veros,
en vez de correr las lomas,
sencillos como palomas,
dóciles como corderos.

Sea vuestro eterno afan
ser virtuosos, ser píos,
porque todos, hijos míos,
sois hermanos por Adan.

(El Muchacho 1.º se sonrie y el Padre Juan lo co-
ge de una oreja y se lo acerca.)

¿Por qué te ries?

MUC. 1.º Me rio...

porque siendo hermanos...

P. JUAN. ¿Qué?

¡Vamos!

MUC. 1.º Porque su mercé
tambien será hermano mio.

P. JUAN. Ley es de la humana raza
que nos une y reconcilia,
que el mundo es una familia
que la Providencia enlaza.
Mas tú eres un pregunton.

y al niño callar le toca,
que el que no guarda su boca
no guarda su corazón.

(Dándole una palmada suave en el carrillo.)

MUC. 1.º Como no lo oí en la escuela...

P. JUAN. Pues yo te lo explicaré.—

Desde Adán hasta Noé
todo es una parentela:
cuando el diluvio acaeció
Sem, Cham y Jaf¹ se salvaron,
y el universo poblaron,
que así Dios lo decretó.

Para ahorrar duelos prolijos
hizo que la sangre hermana
creara la raza humana
con los hijos de sus hijos;
de modo que Pedro, Juan,
Rosa, Petra y Dorotea,
y todos los de esta aldea,
sois hermanos por Adán;
que una rama de otra en pos,
la raza de los humanos
hizo á los hombres hermanos,
y el padre de todos Dios.

Ahora corred, que indecisa
el alba se halla en Oriente,
y es muy justo que la gente
acuda al templo á oír misa.

(Los muchachos desaparecen corriendo por el puente tocando la campana. Uno de ellos, que será el último, cae y el Padre Juan corre á levantarlo.)

¡Ya cayó! Muchacho, espera,
no vayas rodando al río.
¿Te has hecho daño, hijo mío?

1 Según el *Génesis*, los nombres de los tres hijos de Noé que fueron el tronco de una posteridad numerosa, se llamaron *Sem*, *Cham*, ó más bien *Ham*, y *Jafet*. Tomándonos una libertad poética, y con el deseo de laconizar el parlamento, nos hemos visto precisados á escribir *Jaf* en vez de *Jafet*.

(Los niños han desaparecido. El Padre Juan levanta al caído y lo lleva al proscenio.)

Muc. 1.º No señor.

P. JUAN. Toma una pera.

(El Padre Juan se dirige á la cesta, que estará junto al banco.)

¡Calle! Limpiaron la cesta.

Hijo, valga la intencion.

(Repara en el pantalón del chico, que se halla algo destrozado.)

¡Hombre! ¿Es este pantalón el de los días de fiesta?

Muc. 1.º Sí, señor.

P. JUAN. Que compre luto
tu madre.

Muc. 1.º No me regaña
nadie, si usted me acompaña.

P. JUAN. Hijo, tu padre es muy bruto:
no hay quien seis palos te ahorre
al verte así. Vé á María
y dile de parte mia
que te lo remiende. ¡Corre!

(El chico le besa la mano y entra en la casa del Cura.)

ESCENA VIII.

EL PADRE JUAN solo.

No hay edad como la infancia;
ahora rie, luégo llora,
y como todo lo ignora,
es feliz con su ignorancia.
Tenerles siempre á mi lado
quisiera, que al ver á un niño
fuentes brotan de cariño
de mi corazón helado.
Son mi dicha, mi consuelo;
pura y candorosa edad,
por la cual la humanidad
su perdón halla en el cielo;
que aquel que á un niño recibe

y le va inclinando al bien,
en las puertas del eden
su nombre el Eterno escribe.
(Se oye un reloj de torre que figura hallarse muy
léjos, y da seis campanadas.)
¡Calla! Sí... las seis serán...
Ya lo creo, si amanece.
¡Roque! ¡Roque! Me parece
que se durmió el sacristan.
¡Roque!

ESCENA IX.

EL PADRE JUAN, ROQUE.

- ROQUE. (Sale temblando.)
Aquí está, que no acierta
á andar de frio y mojado.
- P. JUAN. ¡Cómo!...
- ROQUE. Porque me han tirado
en el charco de la huerta.
- P. JUAN. ¿Quién?
- ROQUE. Diego.
- P. JUAN. ¿El albéitar?
- ROQUE. No.
- P. JUAN. El hijo de Gaspar fué.
¿Y por qué ha sido?
- ROQUE. ¿Por qué?
Pues eso pregunto yo,
que á la verdad no me explico
quién me metió en tan mal paso,
porque yo...
- P. JUAN. Vamos al caso,
ya sé que eres un buen chico.
- ROQUE. Podré tener mis defectos
como cualesquiera... ¿estamos?
porque no es que aquí digamos
que los hombres son perfectos.
- P. JUAN. ¡Bien, hombre, bien! Yo deseo
saber de qué modo ha sido.
- ROQUE. Nada, que me han sorprendido,
que me han tirado, y *Laus Deo*.

- P. JUAN. ¿Conque tanta es la maldad
de Diego?
- ROQUE. Le aborrecemos,
sí señor, y le tenemos
odio y mala voluntad.
- P. JUAN. ¡Tú estás temblando!
- ROQUE. Si el frio
no me deja resollar.
- P. JUAN. Vé á casa, enciende el hogar
y caliéntate, hijo mio.
Toma mi capa. (Se la quita y se la da.)
- ROQUE. ¡Qué!
- P. JUAN. Toma,
no cojas un resfriado.
- ROQUE. Pero si aún no he tocado
á misa, y el sol asoma,
y no quiero que usted toque,
que esa es incumbencia mia.
- P. JUAN. Vete.
- ROQUE. ¡Y despues qué diría
todo el pueblo!
- P. JUAN. Vete, Roque.
- ROQUE. Pero señor, ¡qué dirán?
(El cura le indica con la mano que se retire.)
¡Usted es un santo!
- P. JUAN. No, un cura
que por la salud procura
de su hermano el sacristan.
(Roque le besa la mano al Cura y entra en su casa.
El Padre Juan se dirige hácia la ermita. Gaspar
sale por el fondo examinando la casa del Cura.)

ESCENA X.

EL PADRE JUAN, GASPAR.

- GASPAR. (Me habrán engañado... acaso
con otro le confundieron...
(Reparando en el Cura.)
¡El Padre Juan!... No conviene
que sepa... Disimulemos.)
Buenos dias, Padre Juan.

- P. JUAN. ¿Quién es? ¡Ah! Gaspar, muy bien.
Mucho has madrugado hoy.
(El Padre Juan habrá llegado á las gradas de la ermita, se vuelve y dice Gaspar á lo precedente desde allí.)
- GASPAR. Sí, señor.
- P. JUAN. ¿Estás enfermo?
- GASPAR. No.
- P. JUAN. ¿Hay mal humor?
- GASPAR. Tampoco.
- P. JUAN. (Siempre con cara de perro, desde que el sol le despierta hasta que le rinde el sueño.)
(El Padre Juan habrá tocado á misa, tirando de una sogá que habrá junto á la puerta de la ermita. Al concluir baja al proscenio.)
Me tienes muy enfadado,
Gaspar.
- GASPAR. ¡Yo!
- P. JUAN. Sí, no comprendo tu mal humor: ¿no eres rico?
¿No te estiman en el pueblo?
¿No tienes buenas cosechas?
Pues entónces...
- GASPAR. Es mi genio.
- P. JUAN. ¡Psch! Genio y figura hasta la sepultura: ¿no es eso?
- GASPAR. Así será.
- P. JUAN. Vamos, vamos,
Gaspar; yo ya soy muy viejo
y no es fácil engañarme.
Tú padeces.
- GASPAR. ¡Yo!
- P. JUAN. Sí, y Diego,
tu hijo, de ese dolor
es la causa.
- GASPAR. Mi hijo ha muerto.
- P. JUAN. Gaspar, que estás blasfemando.
- GASPAR. Le suplico á usted, le ruego
que no hablemos de mi hijo.
- P. JUAN. Quiero hablar; yo vine al pueblo,
más que á cuidar de mis males,

á cuidar de los agenos.
Tú sufres, tu mal es hijo
de tu carácter soberbio,
tú olvidas que Dios humilla
la frente á los altaneros.

GASPAR. Padre Juan, esas palabras
son duras.

P. JUAN. Tengo derecho
para hablarte así.

GASPAR. Señor,
á mi edad...

P. JUAN. La edad no veo,
que el padre espiritual
no conoce edad ni tiempo.
Aquí todos son mis hijos,
padre de todos ser quiero,
y es mi deber, como padre,
ver á mis hijos contentos,
que la alegría y la calma
dones son que envía el cielo,
y el que sus bienes ignora
vive á sus Dios ofendiendo.

GASPAR. Pues bien, Padre Juan, mis males
en vano buscan remedio:
tengo un hijo, un hijo ingrato,
cuyo corazón perverso
en mi muerte se complace.
Desobediente, altanero
á mis mandatos, ve siempre
mi autoridad con desprecio,
ve el mal y hácia el mal camina.

P. JUAN. Y tú, ahorrando los consejos
paternales, le abandonas
á sí mismo.

GASPAR. Yo no debo
ceder... y además es tarde.

P. JUAN. Querido Gaspar, yo creo
que siempre entre padre é hijo
para las paces es tiempo.
Con un grito de «hijo mío,»
pero que salga de adentro,
un buen abrazo, una lágrima,

una sonrisa y un beso,
—cosas todas que los padres
las hacen, aun sin saberlo,—
en un instante se olvidan
pasados resentimientos.

GASPAR. Dispéñeme su merced
si no sigo sus consejos.
Mi hijo es soldado.

P. JUAN. ¡Soldado!

GASPAR. Sí, y en el cuartel espero
que halle al fin correctivo
de su carácter soberbio;
que á un recluta loco, doma
con su vara un cabo cuerdo.

P. JUAN. Pero, hombre, ó yo estoy soñando,
ó tú, Gaspar, no estás bueno.
No conoces la ordenanza
militar, segun preveo.
Un dia se insubordina
tu hijo, ó falta al respeto
á un jefe, y te lo fusilan.
Vamos, Gaspar, no consiento
que vaya á servir al rey.

GASPAR. Irá.

P. JUAN. ¡Cómo!

GASPAR. Estoy resuelto,
y de mi plan no desisto.

P. JUAN. Pero, hombre, no seas terco
y date á partido.

GASPAR. Irá
á servir al rey: no cejo.

P. JUAN. ¿Conque irá?... ¿Conque tú quieres
que se pierda?... Lo veremos.
Su madre al morir me dijo:
«Padre Juan, velad por Diego;»
y es un mal hombre el que olvida
los encargos de los muertos.

GASPAR. Cumplidos enhorabuena
si podeis.

P. JUAN. ¡Vaya si puedo!

Si es preciso, pediré
limosna de pueblo en pueblo

para salvarle, y su madre,
que nos mira desde el cielo,
lo agradecerá: porque ella,
que está vuestra lucha viendo
como yo, sabe quién tiene
la culpa de que el mancebo
huya de su casa, y mire
á su padre con desprecio.
Tú eres, que con esa táctica
de poner rostro severo
y ser juez inexorable
para los hijos, has hecho
que ese chico desconozca
los más dulces sentimientos
del hombre, y ahora recoges
los resultados funestos.
El que la virtud no siembre,
de la virtud vive léjos,
que el árbol que con cariño
se cría desde pequeño,
frutos nos da sazonados,
recto se eleva hasta el cielo.

GASPAR. Señor Cura, tendrá usted
mucha razon, no lo niego;
pero mi hijo irá á servir
á su rey, y... más no hablemos;
porque escucharle con calma,
como hasta aquí, no prometo.

P. JUAN. Vamos, vamos, no te enfades:
ya sé que he estado severo
contigo: perdóname;
pero permíteme al ménos
que por tu bien este anciano
te dé, Gaspar, un consejo.
Una reprension suave
causa siempre más efecto
que cien azotes. Al jóven,
con dulzura y con respeto
el padre debe instruirle;
y el mozo llega á ser viejo
sin dejar nunca el camino
que aprendió en sus años tiernos.

¿Dices que tu chico es malo?
Pues bien, el modo pensemos
de regenerarle. Al mozo
que tiene instintos perversos,
si las puertas se le cierran
se le pierde sin remedio;
mas si las puertas se le abren,
el malo se torna bueno,
y ¡qué diantrel al fin y al cabo
él es tu único heredero.
Si no tienes otro hijo,
si es tu sangre.

GASPAR. Estoy resuelto.

P. JUAN. Vamos, responde, Gaspar,
la mano puesta en el pecho.
Mañana cuando esos montes
se hallen de nieve cubiertos,
y tú al calor de la lumbre
en esas noches de invierno
oigas la pesada lluvia
y el zumbido de los vientos,
¿no temes que la conciencia
alce su grito severo
para recordarte al hijo
que en mitad de un campamento
sufre el rigor de una noche
que tú pasas junto al fuego,
ó tal vez en solitario
valle, tendido en el hielo,
con la nieve cicatriza
las heridas de su cuerpo,
ó tal vez desesperado
espira el hombre inconfeso!
y una maldicion sacrílega
lanza su postrer aliento,
maldicion que al hijo cierra
la santa puerta del cielo,
maldicion que alcanza al padre,
maldicion...

GASPAR. Basta. Es empeño
inútil. Yo lo he jurado,
cumpliré mi juramento.

(Gaspar desaparece por el foro. El Padre Juan le lanza una mirada compasiva.)

ESCENA XI.

EL PADRE JUAN, luégo ROQUE.

P. JUAN. Su corazón es de roca;
mas sin embargo, no debo
desistir, porque es preciso
poner á su lucha término.
¡Dios mio, no le abandones!
Alumbrad su entendimiento.

ROQUE. Voy á encender el altar,
(Sale de casa del Cura y se encuentran con éste que
sube.)
porque ya ve ustedé, estoy seco
como si tal cosa.

P. JUAN. Bien,
no te entretengas, pues veo
que van acudiendo. Yo
voy por María.

ROQUE. Hasta luégo.
(Entra en la ermita y el Padre Juan en la casa.)

ESCENA XII.

DIEGO y RAFAEL por el foro derecha, PETRA, ROMUALDO,
ANASTASIO, aldeanos, niños, viejos y pobres bajan á la escena
por distintos senderos del monte, y se reúnen en varios grupos.
GASPAR, por la izquierda, se queda oculto detrás de uno de los
grupos.

ANAST. (Yo le cuento la ocurrencia
cuando salga.)

PETRA. No seas terco;
si el cura no ha de pagarla,
¿para qué le has de ir con cuentos?

ROM. Para que sepa la gente
mala que tiene en el pueblo.

RAFAEL. ¿Oyes? (Á Diego.)

DIEGO. (Pobres mentecatos!)

Buenos días, majaderos.

ANAST. ¡Otra vez! (Se van retirando de él.)

- DIEGO. Vengo en paz.
- ANAST. (Mira, no se lo contemos: (Á los demas.)
si nos rompió las guitarras,
que no nos rompa los huesos.)
- GASPAR. (Sin ser visto, desde aquí
al fin hoy saber espero
si es cierto ese amor.)
- DIEGO. (Hablando con Rafael.) (Rafael,
sin vergüenza lo confieso,
al cerrarme su ventana
clavó un puñal en mi pecho,
y si esa mujer me olvida
soy capaz de pegar fuego
al lugar.)
- RAFAEL. (Conque me avises
para que no me halle dentro...)
- DIEGO. ¿Lo dudas?
- RAFAEL. (No seas niño,
soldados los dos, saldremos
ántes de mucho del valle;
y si á un mismo regimiento
nos destinan ¿quién nos tose?
ó capitanes ó muertos.
Conque á esa mujer olvida
y sigueme.)
- DIEGO. (Ántes quiero
verla al pasar.) (Hablan bajo.)
- PETRA. Mucho tarda
su mercé.
- ROM. Estará durmiendo.
- PETRA. Si madruga más que el sol.
- DIEGO. (Es en vano, estoy resuelto.)
- GASPAR. (Algun mal están tramando,
mas de vista no los pierdo)

ESCENA XIII.

- DICHOS, un SARGENTO y ocho soldados, que salen por el foro
izquierda en direccion al puente.
- SARG. Salú y pesetas, paisanos. (Bajando á la escena.)
- DIEGO. Felices, señor Sargento.
- PETRA. ¡Chicas, chicas, militares!

- RAFAEL. (Este es nuestro hombre, Diego.)
¿Sabrán ustedes decirme
en dónde se encuentra el pueblo
del Carrascal del Obispo?
- DIEGO. Á la vuelta de ese cerro,
como á unos doscientos pasos
de este valle.
- SARG. Agradeciendo.
- ANAST. Y aunque sea descortesía,
¿se viene por mucho tiempo
al Carrascal?
- SARG. Si el alcalde
llevó ya á cabo el sorteo,
pernoctaré cuatro días,
porque yo aquí sólo vengo
á llevarme los muchachos
que han tenido el privilegio
de sacar la bola negra.
- DIEGO. Militar, está usted viendo
á los dos reclutas.
- SARG. (Colocándose con énfasis delante de Diego y Rafael.)
¿Sois
vosotros?
- DIEGO. Sí.
- SARG. Me alegre,
pues no teneis mucha carne
en las cejas, y os prevengo
que soy hombre de experiencia:
en cuanto atisbo á un sujeto
le echo el fallo: ántes de un mes
os hago cabos primeros.
- ANAST. ¿Qué fortuna! ¿Y tendrán vara?
- SARG. ¿Si la tendrán!... ¡Ya lo creo!
La vida del militar
es una vida sin pero;
en teniendo buen estómago,
curiosidá y poco miedo,
está la fortuna hecha,
y si no dígalo *ego*,
que en ocho años de carrera
ya lo estais viendo: sargento.
(Alargando el brazo en direccíon á un grupo.)

- DIEGO. Conque salud y pesetas.
Esta tarde nos veremos.
- SARG. Cuando tú quieras. Muchachas,
no os olvidéis del Sargento.
(Vánse los soldados y el Sargento por el puente.
Sale de su casa el Padre Juan, trayendo del brazo
á María y de la mano al niño que entró en la escena
sétima.)

ESCENA XIV.

EL PADRE JUAN, MARÍA, DIEGO, GASPAR, RAFAEL, PETRA,
ANASTASIO, ROMUALDO, POBRES, NIÑOS, ALDEANOS, AL-
DEANAS.

- PETRA. ¡Ya sale!
- ANAST. Aquí reuníos,
muchachos.
- RAFAEL. Diego, detente. (Deteniéndole.)
- P. JUAN. ¡Hola! Ya espera la gente.
(Todos rodean al Cura y le van besando la mano.)
Dios os bendiga, hijos míos.
(Los niños rodean al Cura. Los Aldeanos á María.)
- DIEGO. (Es inútil, la he de hablar.
Rafael, luégo partiremos.)
- PETRA. (Á María.)
Baile esta tarde tendremos
en la plaza del lugar.
¿Vendrás, María?
- MARIA. Sí, iré
si su mercé lo consiente.
- ANAST. Por divertirse la gente
no se enfada su mercé:
- PETRA. ¡Enfadarse, y se remoja
cuando la guitarra suena!
Si él con nuestras penas pena
y con nuestro gozo goza.
- DIEGO. (Se acerca á María y la dice rápidamente.)
(María, hablarte quisiera
esta noche en tu ventana.)
- P. JUAN. ¿Qué dice ese tarambana?
- MARIA. Nada.

- GASPAR. (Se aman. Verdad era.)
- P. JUAN. Despues que la misa oigais,
teneis libre el dia entero;
pero allá á la tarde, quiero
que al huerto á verme vengais
(Los chicos se separan del Cura, y éste se dirige al
corro de aldeanos.)
- PETRA. Petrica, ¿cuándo te casan?
Cuando se muera mi abuelo,
porque me deja un majuelo.
- ANAST. Buenas ganas se nos pasan.
- P. JUAN. ¿Teneis prisa?
- ANAST. La mujer
es semejante á las flores,
en pasando sus verdoros,
no se la debe querer.
- P. JUAN. ¿Y cómo va ese valor,
Lino?
- UN POBRE. Así, así, mas la edad
no vence á la enfermedad.
- P. JUAN. ¿Pero qué dice el doctor?
- POBRE. Que es difícil que recobre,
la salud sin viajar,
y como no puedo andar,
y ademas me hallo tan pobre,
confio en Dios resignado
y en calma la muerte espero,
que aquí, si mañana muero,
su mercé estará á mi lado,
y Dios sus justos enojos
cuando espire ha de aplacar,
si usted se digna cerrar
á mi cadáver los ojos.
- P. JUAN. Piensa así, que ha de valerte,
pues Dios de pagar no olvida
la amargura de esta vida
con la gloria de la muerte.
(¡María! ¿Sabes si ayer
se cobró mi paga?)
- MARIA. No:
¿quería usted algo?
- P. JUAN. ¡Yo!

¡Nada! ¡Qué le hemos de hacer!

Mi voluntad mira Dios;
pero en el caso presente
no sé quién es, francamente,
el más pobre de los dos;
pero es triste, á la verdad,
no poderle ofrecer nada;

(Hablando consigo mismo.)
tal vez esta gente honrada...

Hijos míos, escuchad.—

(Todos rodean al Cura.)

La limosna que se vierte
sobre la mano afligida,
bálsamo es comprado en vida
para hacer dulce la muerte,
que allá en la morada eterna
nuestra caridad se ve...

Ahora bien, como yo sé
que esta tarde en la tarbena
(á pesar de la pobreza,
pues los tiempos no son buenos)

os gastareis á lo ménos
cuatro cuartos por cabeza,
yo en vosotros confiado,
y el sacrificio no olvido,
esa cantidad os pido

para un pobre desgraciado.

El bien va del bien en pos
como van al mar los ríos:
una limosna, hijos míos,
una limosna por Dios.

(El Padre Juan recorre los grupos con el sombrero
en la mano y apoyada la otra en su baston. Los
aldeanos depositan algunas monedas en el fondo
del sombrero.)

RAFAEL. (Diego, á tu padre tenemos
muy cerca.)

DIEGO. (¡Mi padre!)

RAFAEL. (Sí.)

DIEGO. (¿En dónde?)

RAFAEL. (Mírale allí.)

DIEGO. (Pronto de dudas saldremos.)

(El Cura habrá vaciado el sombrero en manos del pobre: se coloca delante de Diego y le dice éste.)

Buen anciano, perdonad
si no os favorezco hoy.
¿Cómo he de daros, si soy
pobre de solemnidad?

P. JUAN. ¡Pobre tú! ¿Te has chanceado?
Por rico aquí te se tiene.

DIEGO. Mal la riqueza se aviene
con un infeliz soldado. (Alzando la voz.)
Huérfano soy; de esta tierra
parto en busca de otra suerte:
ó una familia ó la muerte
pronto me dará la guerra;
que aquí con dolor profundo,
he aprendido en mi agonía
que al morir la madre mia
solo me quedé en el mundo.
Id, pues: mi padre colijo
que os dará, muerta mi madre.

GASPAR. El padre da por el padre,
(Adelantándose y dejando caer algunas monedas en
el sombrero.)
pero no da por el hijo.

DIEGO. Nunca dí por mano ajena
cuando por mí hacerlo puedo.
(Se quita una cadena que lleva al cuello, rompe un
medallon de ella, y arroja el resto en el sombrero.)
(Con tu retrato me quedo,
madre.) Ahí va esta cadena.

GASPAR. Padre Juan, ved que ese impío
esa joya dar no puede.

DIEGO. Aunque usted me desherede
daré siempre lo que es mio.

GASPAR. ¡Insolente!

P. JUAN. Atrás, mancebo.

GASPAR. ¡Oh! Dejad que ese insensato...

DIEGO. Si yo soy un hijo ingrato,
¿qué nombre á usted darle debo?

P. JUAN. El de padre solamente,
el de padre temerario,
ante el cual es necesario

que dobles la altiva frente.
—Y tú, que el pecho en pedazos
te rompe tu propia ira,
sólo un hijo en Diego mira;
Gaspar, ábrele tus brazos.

GASPAR. ¡Mi abrazo á un hijo maldito!
Aquel que sus puertas le abra,
su misma ruina se labra,
porque las tierras le quito.

(Todos los aldeanos se apartan de Diego; el cual
contempla la escena con los brazos cruzados.)

P. JUAN. ¡Gaspar!

GASPAR. Aquel que una mano
amiga á mi hijo tienda,
que no cuente con mi hacienda.

MARIA. ¡Jesús!

P. JUAN. Silencio, inhumano,
que de oírte me estremezco;
aunque amarle al pueblo vedes,
vedármelo á mí no puedes,
y yo mi casa le ofrezco.

DIEGO. ¡Señor! (Saliendo de su indiferencia.)

P. JUAN. Hijo mio, ven.

GASPAR. ¡Qué escucho!

P. JUAN. El hado fatal
te iba empujando hácia el mal,
yo sabré enseñarte el bien.

GASPAR. Soy su padre, ver con calma
no puedo...

P. JUAN. ¡Humana miseria!
¡Padre eres de la materia,
yo soy más, que soy del alma!

GASPAR. Ved que sus instintos ví
y á nadie en maldad le igualo.

P. JUAN. Pues qué, ¿sí no fuera malo
necesitara de mí?
Á salvar al pecador
vino al mundo un Dios humano,
que no necesita el sano
el auxilio del doctor.

(María coge de la mano al Padre Juan y lo lleva
al proscenio diciéndole en voz baja.)

- MARIA. Un secreto á usted confío
y que me perdone ruego.
Amo á un hombre... ese hombre es Diego.
- P. JUAN. ¡Diego! ¡Ah! ¡Qué hacer, Dios mio!
¿Y él te ama?
- MARIA. Con verdadera
pasion.
- P. JUAN. ¿Y es puro ese amor?
- MARIA. Á no ser así, señor,
María ya no existiera.
- P. JUAN. Hija, con doble razon
ahora mi amparo merece,
que el amor que puro crece
purifica el corazon.
Diego, María desde hoy
tener debe en tí un hermano.
María, dale tu mano.
- DIEGO. ¡Ah! (Le coge la mano.)
- P. JUAN. Ya vuestro padre soy.
- GASPAR. (Él mismo ha unido á los dos,
pero yo haré esa union vana.)
(Se oye el tercer toque de misa.)
- P. JUAN. Hijos mios, la campana
nos llama al templo de Dios.
(Los mozos abren paso. María y Diego cogidos de
la mano entran en la ermita. El Cura los sigue ro-
deado de los niños. Detrás marchan las aldeanas.
Gaspar se queda en medio de la escena mirando
con rabia la situacion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala baja en casa del Cura. Las blancas paredes de la habitacion no deben tener otro adorno que algunos cuadros de santos. Sobre la puerta de entrada, que debe hallarse al foro, una imagen de Cristo crucificado, delante de la cual arde una lámpara. Un armario, sillas y demas muebles de pino. Hogar con lumbre al extremo del foro derecha. Todo debe respirar uncion y aseo.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, hilando á la izquierda; DIEGO, leyendo á la derecha; ROQUE, en el centro del teatro, algo hácia el foro, se halla delante de una mesa, limpiando unos candelabros de bronce.

Junto al hogar un pobre sentado.

ROQUE. ¿Segun parece, hoy le toca
comer en casa al tío Lino?

POBRE. Hoy me toca: como el Padre
Juan es tan caritativo,
admite un pobre á su mesa
todos los días.

ROQUE. Dieguito,
¿qué lees?

DIEGO. Los *Evangelios*.

ROQUE. Ese es el rey de los libros;
pues, si tú vieras otro

que tiene el Cura escondido,
muy bueno, que se intitula
El Genio del Cristianismo,
¡cá!... si no es para contado,
si se queda uno bizco
cuando llega á aquel pasaje
en que se refiere el juicio
final... Tendrá una cabeza
regular el que lo ha escrito.

MARIA. Ya ves si es bueno saber
de letras.

ROQUE. Pues por lo mismo
aprendí yo. Al Padre Juan
siempre estaré agradecido,
pues cuanto soy se lo debo
á él. Me quiere cual hijo,
y no conozco más padre
que á él, porque los míos
me hicieron una partida
serrana, segun me han dicho.

POBRE. Roque, á los padres debemos
respetar siempre sumisos.

ROQUE. Pues qué, ¿yo no los respeto...
aunque jamás los he visto?
Pero fué chanza pesada:
figúrese usted, tío Lino,
que una mañana el buen Cura
se encuentra en la iglesia un lio;
le registra y me halla á mí,
es decir, á Roque, niño.
Si no hubiera tropezado
con un ser tan compasivo
como el señor Cura, á estas
horas me hallaba en el limbo.

POBRE. Á falta de un padre, Dios
te dió otro padre adoptivo.

DIEGO. (Estas páginas encierran
un mundo desconocido
para mí; mas al leerlas
siento que mi pobre espíritu
me abandona, en tanto que ella
ni una palabra me ha dicho.

- Entre su amor y mi orgullo
¿quién de ambos será vencido?)
- ROQUE. (Si yo me atreviera... Roque,
los veintidos no has cumplido,
y es preciso que hagas méritos
para pedir beneficios.)
- MARIA. Mucho tarda su mercé,
Roque.
- ROQUE. Si quieres, de un brinco
voy á la aldea á buscarle.

ESCENA II.

DICHOS, el PADRE JUAN por el foro.

- P. JUAN. Salud y paz, hijos míos. (Entrando.)
- MARIA. Gracias á Dios.
(María le quita la capa. Roque el sombrero y el bastón, y le coloca en una silla junto al hogar.)
- P. JUAN. ¿He tardado?
- MARIA. Ya lo creo.
- ROQUE. (Tocándole las manos.) ¿Está usted frío?
¿Pongo más leña?
- P. JUAN. (Sentándose junto al hogar.) No, basta
con lo que hay. ¿Habeis comido?
- MARIA. ¿Sin estar su mercé en casa?
- P. JUAN. ¿Pues mil veces no os he dicho
que no me esperéis? Los viejos
tenemos poco apetito,
y dejamos por un rayo
de sol el manjar más rico.
- MARIA. ¿Dónde ha estado usted?
- P. JUAN. En el monte
á pasear con unos niños,
y luégo á la vuelta entré
á ver al pobre Benito,
que, si Dios no hace un milagro,
se muere y deja tres hijos
y una esposa en la miseria.
Diego, ¿estás ahí, hijo mio?
(Reparando en Diego, que no ha dejado de leer.)
Ven, hombre, ven, y perdona,

- porque no te había visto.
DIEGO. ¡Perdonar, señor! Yo soy
(Acercándose al Cura.)
el que perdon necesito;
pues cuando usted entró no dije...
- P. JUAN. Ya sé que no eres amigo
de conversacion inútil.
- ROQUE. Ni media palabra ha dicho
desde que usted se marchó...
- P. JUAN. ¡Qué tal! ¿Te gusta ese libro?
- DIEGO. Señor, leyendo sus páginas (Bajo al Cura.)
me avergüenzo de mí mismo.
- P. JUAN. Diego, su lectura calma (Bajo á Diego.)
las batallas del epíritu.
(Siguen hablando en voz baja.)
- MARIA. Ni una vez sola sus ojos
se encontraron con los míos.
- ROQUE. María, ¿quieres echar
un ojo á ver si están limpios?
(Enseñándola los candelabros.)
- MARIA. Como un espejo.
- ROQUE. Un espejo
son tus ojos, donde miro
mis penas, mis alegrías...
- MARIA. ¿Qué dices?
- ROQUE. ¡Nada! No chisto.
(Se va al extremo opuesto. Diego besa la mano al
Cura, vuelve á sentarse donde estaba y continúa le-
yendo. El Cura se dirige á donde está el pobre.)
- P. JUAN. ¿Y cómo van esos males?
- POBRE. Tal cual.
- P. JUAN. ¿Hoy comes conmigo?
- POBRE. Sí, señor.
- P. JUAN. ¿Cuándo es la marcha?
- POBRE. Si pudiera ser, hoy mismo;
pues, gracias á su mercé,
tengo lo que necesito
para emprender el viaje,
que da á mis males alivio.
- P. JUAN. Has hilado mucho? (Á María.)
- MARIA. ¡Vaya!
como que ya he concluido.

¡Mire usted qué lana!
(Enseñándole una madeja.)

P. JUAN. ¡Hermosa!

Debe ser de mucho abrigo...
y en verdad que me hace falta,
pues tengo sesenta y cinco;
y si he de alargar un poco,
que me cuides es preciso.

MARIA. ¿Tiene usted queja de mí?

P. JUAN. No, hija mia; pero Lino
tendrá hambre: conque arregla
la comida.

MARIA. Voy. (¡Dios mio! (Mirando á Diego.)
Haz que termine esta lucha.)

ROQUE. ¿Te ayudo yo? (Á María.)

MARIA. No es preciso.

(Entra por la izquierda.)

ROQUE. (De hoy no pasa sin decirle
que la amo.)

ESCENA III.

DICHOS ménos MARÍA.

P. JUAN. Ahora, hijos míos,
necesito de vosotros.

ROQUE. Aquí estoy yo.

P. JUAN. En el camino
del pueblo encontré á dos pobres,
y en sus semblantes he visto
las huellas del hambre; esperan
en el puente... Vé tú, Lino,
y tráelos á esta casa
para que coman contigo.
(Lino se va por la puerta del foro.)
Y tú, Roque, vas á hacerme
otro favor.

ROQUE. Veinticinco
si es necesario.

P. JUAN. Ya sabes
en dónde vive Benito.

ROQUE. ¿El que está enfermo?

- P. JUAN. Sí: dile
á su mujer, que te envío
yo, y le das este pan
y esta camisa. (Saca los objetos del armario.)
- ROQUE. De un brinco...
(Se dirige al foro y el Padre Juan le detiene.)
- P. JUAN. Hombre, espera... á ver
si tengo por los bolsillos. (Se registra.)
¡Ah! Sí: toma esta peseta,
y le dices que confío,
antes de poco, poder
socorrerles... ¡Ah! Y al mismo
tiempo, á Gil el estanquero
le preguntas si ha venido
el pagador, y en tal caso...
- ROQUE. Sí, ya sé: recojo el trigo.
Con Dios.
- P. JUAN. (Bajando le voz.) ¡Ah! Y á don Gaspar,
al padre de... (Señalando á Diego.)
Lo he cogido.
- ROQUE.
- P. JUAN. Le dices que yo quisiera
hablarle... y nada más, hijo.
(Roque se marcha por el foro.)
Por probar nada perdemos;
y si las paces consigo...

ESCENA IV.

PADRE JUAN, DIEGO.

- P. JUAN. La triste meditacion
(Viendo á Diego meditabundo.)
en que ese mancebo se halla,
me revela la batalla
que agita su corazón.
(El Padre Juan se acerca á Diego, y le pone una
mano en el hombro, Diego se levanta.)
Diego, por tu mal me aflijo,
y verte feliz espero;
sí como un padre te quiero,
quiéreme tú como un hijo.
Desahoga el dolor profundo

- que tu corazon devora;
que á consolar al que llora
vino el Padre Juan al mundo.
- DIEGO. Desde que entré en esta casa
respiro tanta terneza,
que se ofusca mi cabeza,
que no sé lo que me pasa.
Siento un bien desconocido
que mi corazon ansiaba;
el que mi madre me daba,
el que con ella he perdido;
y al luchar conmigo mismo
en mi amargo desconsuelo,
tan pronto entreveo el cielo
como entreveo el abismo;
que al pensar la horrible suerte
que me brinda el porvenir,
no sé si debo vivir
ó si debo darme muerte.
- P. JUAN. Diego, la vida no es tuya;
de ella no has de disponer:
si Dios te la dió al nacer,
deja que Dios la destruya.
- DIEGO. ¿Mas quién esta lucha calma
en que sin cesar me agito?
- P. JUAN. ¿Quién? Ese libro bendito,
que es el bálsamo del alma.
Tu dicha estriba en que caiga
á los piés de un padre anciano
el resto de orgullo vano
que en tu corazon se arraiga.
- DIEGO. ¿Olvida usted que jamás
me recibirá en su seno?
- P. JUAN. Hijo, cumple como bueno,
y deja á Dios lo demas...
- DIEGO. ¿Mas si él con indignacion
mi humildad, esquivo, ahuyenta?...
- P. JUAN. Setenta veces, setenta
vuélvele á pedir perdon;
y si aún no cede, te exijo
que otras tantas perdon pidas;
si de hacerlo así no cuidas

siempre serás un mal hijo.
Y ¡ay!... si con temeridad
tu exaltada mente olvida,
que hay una conciencia en vida
y un Juez en la eternidad.

DIEGO. Señor, negarme no quiero,
que usted es el único sér
que me llegó á comprender,
á quien amo, á quien venero.
Sí, este es libro que inunda
de luz y vigor la idea;
deje usted que el libro lea
para que valor me infunda.
Quiero aspirar los süaves
consejos que nunca oí.

P. JUAN. Léelo, pero no aquí.

DIEGO. ¿Dónde?

P. JUAN. Do cantan las aves.

Allá, al pié de una colina
lee ese libro con calma,
que allí se engrandece el alma
porque allí á Dios se adivina;
porque allí con santa uncion
la eternidad ve el cristiano,
porque allí se ve la mano
del Dios de la creacion.

DIEGO. Parto, pues, ántes que incline
mi fe el torcedor hastío.

P. JUAN. Dame un abrazo, hijo mio.

DIEGO. ¡Señor!...

(Abraza al Cura, y sale precipitadamente por el foro.)

P. JUAN. Que Dios te ilumine.

ESCENA V.

EL PADRE JUAN, se sienta al hogar.

¡Magnífico, sí, magnífico!
El chico se halla inclinado
á hacer las paces; ahora
viene el padre, lo preparo,

gruñe un poco, pero al fin
lo olvida todo un abrazo.

ESCENA VI.

EL PADRE JUAN, LINO y dos pobres por el foro.

LINO. Por aquí. (Desde fuera.)

P. JUAN. ¿Quién es?

LINO. Soy yo.

P. JUAN. ¡Ah! Bien, adelante, hermanos;

en el comedor espera

María.

(Los pobres le besan la mano y se arrodillan á sus piés.)

¿Qué es esto? Vamos,

no hay que afligirse, que Dios

no olvida á los desgraciados.

(Los tres pobres entran por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

EL PADRE JUAN.

Esto es un valle de lágrimas.

Ahora mismo esos ancianos

que viven de la limosna,

que duermen en despoblado,

en esa edad en que el hombre

más necesita el descanso...

Si yo pudiera ofrecerles

un rincón... El honorario

es tan corto, que aunque quiera

no puedo alargar el brazo;

pero en fin, ¿qué hemos de hacer?

Yo entre los pobres reparto

media paga, y en el pueblo

no me tendrán por ingrato.

El oro, el oro es la línea

que divide á los humanos,

el cual hace que olvidemos

que todos hácia un fin vamos,

unos cubiertos de galas,

otros cubiertos de harapos.

(El Padre Juan apoya la cabeza sobre las manos, quedándose en una actitud pensativa. María sale, se asoma á la ventana, y dice allí los primeros versos.)

ESCENA VIII.

PADRE JUAN, MARÍA.

MARIA. (Ya se fué: ni una palabra me ha dirigido el ingrato.)
(Se queda apoyada en la ventana.)

P. JUAN. ¿Qué buscas, María?

MARIA. Nada.

P. JUAN. ¡Tú estás triste! ¡Tú has llorado!

MARIA. No, señor.

P. JUAN. ¿Estoy yo ciego?

¿Esto qué es?

(Le limpia una lágrima con la yema del dedo.)

MARIA. No lo sé.

(Dejando caer la cabeza sobre el pecho.)

P. JUAN. Vamos,

María, nada me ocultes;
piensa que hace muchos años
que tu madre, hermana mía,
te confió á mis cuidados,
que desde entónces ha sido
padre para tí este anciano,
y una ingratitud sería
no amarne como te amo.

MARIA. Yo le amo á usted más que todos los del mundo.

P. JUAN. Exceptuando á Diego, ¿eh?

MARIA. Más que á Diego.

P. JUAN. ¿Sí? (Lo dudo.)

MARIA. ¿Usted le ha hablado?

P. JUAN. Sí, y espero ántes de poco tener buenos resultados, que aunque Diego se resiste, correrá al fin á sus brazos.

MARIA. ¡Dios lo quiera! Que es muy triste

ver que se marcha un muchacho
á servir al rey, pues dicen
que la vida del soldado
es muy azarosa.

P. JUAN. Mucho.

MARIA. ¿Y usted se opondrá?

P. JUAN. Yo trato
de oponerme; pero...

MARIA. Vaya
si se opondrá usted.

P. JUAN. Es claro.

MARIA. Porque si él se marcha...

P. JUAN. Entonces
¿qué hemos de hacer?

MARIA. Evitarlo.

Y ahora que me acuerdo, tengo
que reñir á usted.

P. JUAN. Sepamos
los motivos.

MARIA. Los motivos
son esos dos convidados.
Usted no me ha dicho...

P. JUAN. Es cierto,
fué un convite inesperado:
como estás acostumbrada,
no pensé...

MARIA. Pero es el caso...

P. JUAN. ¿Qué? ¡Vamos!

MARIA. Que la comida
de hoy no presta para tantos.

P. JUAN. No te apures, esa es gente
muy llana, improvisa algo.

MARIA. Es que usted sin duda olvida
que no puedo improvisarlo.

P. JUAN. ¿Que no puedes?

MARIA. No.

P. JUAN. ¿Por qué?

MARIA. No hay nada.

P. JUAN. Sí; en el armario (Abriéndole.)
ví...

MARIA. Dos panes.

P. JUAN. (Saca un pan del armario.) No, que es uno.

- MARIA. ¿Y el otro?
P. JUAN. El otro lo he dado.
MARIA. ¿Y qué hacemos?
P. JUAN. No te apures:
casualmente aquí te traigo
cuatro reales. Una misa
que me encargó el boticario
para su difunta esposa:
poco es; pero siempre es algo.
(El Padre Juan busca por todos los bolsillos.)
MARIA. ¿No los halla usted?
P. JUAN. No; ¡ah!
No los busco, que es en vano.
MARIA. ¿Los dió usted?
P. JUAN. (Después de un momento.) Sí.
MARIA. Pues entónces
¿qué hacer?
P. JUAN. Nos hemos salvado.
(Después de una pausa.)
Mata la gallina.
MARIA. ¡Pero
si usted la dió!...
P. JUAN. Mata el gallo.
MARIA. Si usted le dió.
P. JUAN. Pues entónces
yo no sé lo que me hablo.
MARIA. Yo lo arreglaré.
P. JUAN. Me ocurre
una idea. ¿Para cuántos
hay comida?
MARIA. Para tres,
y somos seis.
P. JUAN. No, sois cuatro.
MARIA. ¿Cuatro?
P. JUAN. Roque come fuera.
MARIA. Pero ¿y usted?
P. JUAN. ¡Yo! ¡Estoy malo!
MARIA. ¡Malo! ¡Dios mio!
P. JUAN. No es nada,
no te asustes: sangro el plato,
porque así á mi edad conviene...
pero salgamos del paso;

dales de comer, y díles
que luégo iré á echar un párrafo
con ellos.

MARIA. Si usted lo manda...

P. JUAN. Te lo ruego.

(María saca del armario el mantel y el pan, y se
asoma á la ventana.)

Me he salvado;
y despues, aunque yo ayune
por ellos, ¿no son hermanos?

(María desaparece por la puerta de la izquierda, á
tiempo que entra Roque por el foro, llevando un
pañuelo en la mano que figura contener dinero.)

ESCENA IX.

EL PADRE JUAN y ROQUE.

ROQUE. ¡Aquí estoy yo!

P. JUAN. ¿Ya has cumplido
la comision?

ROQUE. Sí, y le traigo
la cosa.

P. JUAN. ¿Qué cosa?

ROQUE. (Movimiento del Cura.) El trigo.
¡El dinero!

P. JUAN. ¡Hola! ¿Has cobrado?

ROQUE. Sí, señor, en calderilla.

P. JUAN. Bien, déjalo en el armario.
Saca papel y tintero,
porque es preciso con tacto
hacer la distribucion
de la limosna. ¡El curato
es tan pobre! El pie de altar
sólo nos da malos ratos,
y la *cóngrua* poco ó nada
aumenta nuestro honorario.
Solo el *rex augusta domi*
preciso llega á mis manos;
pero hay enfermos, hay pobres,
y partirle es necesario.

ROQUE. Tengo unas ganas de ver

el altar bien adornado.

P. JUAN. Pues yo no.

ROQUE. ¡Si está más pobre!...

P. JUAN. Hijo, el lujo del cristiano
está en sus obras; el cáliz
de oro y el cáliz de estaño,
son iguales á los ojos
del Dios que nos hizo hermanos.
El adorno del altar
está en los cabellos blancos
del cura que ha envejecido
en la oracion. No hay ornato
como el que ofrecen los fieles
ante Dios arrodillados.

ROQUE. No valga lo dicho.

(Roque saca del armario papel y tintero, y le deja encima de la mesa.)

P. JUAN. Siéntate
y escribe.

ROQUE. Ya estoy sentado.

P. JUAN. Catorce reales á Petra,
(Se pasea mientras dicta, Roque escribe.)
que tiene el esposo malo.
Veinte para los dos pobres
que tenemos convidados.
Seis reales para comprarle
á Perico unos zapatos.

ROQUE. (Si no le cortó los vientos
nos va á dejar sin un cuarto.)
Y diga usted, Padre Juan,
¿nosotros somos cristianos?

P. JUAN. ¡Hombre! ¿Y por qué lo preguntas?

ROQUE. Porque en este calendario
que usted me dicta, jamás
aparecen nuestros santos.

ESCENA X.

DICHOS, GASPAR por el foro.

GASPAR. Dios sea aquí. (Entrando.)

P. JUAN. ¡Hola, Gaspar!...

Vete, Roque.—Bien llegado.—

Vete.

ROQUE. ¿Se va usted á quedar (En voz baja.)
á solas con ese pájaro?

P. JUAN. Sí, vete, ¡ya acabaremos
las cuentas!

ROQUE. Pues cerca aguardo.

(Del mal el ménos; veré
á María.)

(El Cura le indica con un ademán que se marche.)

Bien, me marchó.

(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA XI.

EL PADRE JUAN, GASPAS. Pausa.

GASPAR. Usted me mandó llamar
y vengo...

P. JUAN. Bien, siéntate.

(Le coloca una silla junto á él.)

GASPAR. Gracias, estoy bien de pie.

P. JUAN. Como tú quieras, Gaspar.
Mas te advierto que mal haces
en venir tan enfadado:
pues yo sólo te he llamado
para que hagamos las paces.

GASPAR. Pues inútil me parece
la llamada según creo;
ni yo las paces deseo,
ni usted las paces merece.

P. JUAN. Gaspar, por tu bien, te ruego
que me hables más comedido.

GASPAR. Es que la causa he sabido
por que usted protege á Diego.
Y no con poca extrañeza
veo, aunque usted lo ha callado,
que imprudente ha deshonrado
las canas de esa cabeza.

P. JUAN. ¿Qué es eso de deshonrar?
Modera tu genio inquieto,
que al que no falta al respeto

no se le debe faltar;
y esta reprension la digo
alargándote una mano,
que aún puede este pobre anciano
honrrarte siendo tu amigo.

GASPAR. Señor, aquí está mi chico:
pero á mí se me figura
que la proteccion del Cura
es porque su padre es rico.

P. JUAN. Eso piensa tu malicia.

GASPAR. Eso pienso, y dí mis pasos,
que nadie arregla estos casos
más pronto que la justicia.

P. JUAN. ¿La justicia has dicho?

GASPAR. Sí.

Ya quedó el juez enterado,
y bien por fuerza ó de grado
mi hijo ha de salir de aquí.

P. JUAN. ¿Y á dónde irá?

GASPAR. No me importa.

P. JUAN. ¿Y si él á la paz se aviene?

GASPAR. Eso es lo que á usted conviene.

P. JUAN. Gaspar, tu lengua reporta;
que este anciano que adivina
tu dolor, por tí se afana;
más que la justicia humana
necesitas la divina.

Tu hijo hace poco me dijo
que de él mismo se sonroja;
si él á tus plantas se arroja,
Gaspar, perdona á tu hijo.

GASPAR. Padre Juan, ya más no arguya,
que mi paciencia es escasa;
ántes de arreglar mi casa
debe usted arreglar la suya.
Su sobrina tiene amor
á mi hijo ó á su dote,
y no es bien que un sacerdote
sea de ambos protector.

P. JUAN. Su madre era hermana mia,
y fué de virtud modelo;
sobre el polvo de este suelo

virtuosa alienta María;
que en su pecho virginal
puro ese amor vive y crece,
y es, el que á tu hijo engrandece
y va apartando del mal.

GASPAR. Pues ya el pueblo ha murmurado
de esa proteccion prestada.

P. JUAN. El pueblo no ha dicho nada;
me conoce demasiado.

GASPAR. Si llega el caso al extremo
que el juez dicte una sentencia...

P. JUAN. Tranquila está mi conciencia;
á nadie en el mundo temo.

GASPAR. Esa proteccion tambien
dictar pudo el egoismo.

P. JUAN. Tus palabras ni tú mismo
las crees, lo sé muy bien.

Nadie dirá, estoy sereno,
que por mi bien propio arguyo,
que el que reparte lo suyo
mal puede querer lo ageno.

GASPAR. (La calma, la indiferencia
con que responde, me exalta.

¡Por mi padre, que me falta
para escucharle paciencia!)
Acabemos: ¿quiere usted

despedir á Diego?

P. JUAN. No:

enfermo en mi casa entró:
saldrá cuando sano esté.

GASPAR. Tema usted...

P. JUAN. No temo nada,

pues nunca el peligro ofusca
al pobre pastor que busca
la oveja descarriada.

Tu Diego la oveja es
qué del rebaño se aleja:

Dios me manda que esa oveja
conduzca á tus mismos piés.

GASPAR. ¡Por qué á un hijo ingrato abona
y mis acciones afea
un pobre cura de aldea,

un méndigo con corona!
¿Quién es usted, que esa lucha
de su honor defiende en mengua?

P. JUAN. ¡Sacrilego! ¡Ten la lengua!
Arrodillate y escucha.
Soy un hombre sin familia,
á quien todas pertenecen;
que busca á los que padecen,
que sus males reconcilia;
á cuyos piés los cristianos
depositan sin recelo,
con lágrimas de consuelo,
sus más ocultos arcanos.
Soy la humana providencia
que consuela al pecador,
el único mediador
del poder y la indigencia.
El hombre cuyos consejos
raudales son de cariño;
el que enseña el bien al niño,
la eternidad á los viejos.
Un hombre á quien nunca olvida
ni el rico ni el pordiosero
de tener por compañero
en las penas de su vida.
Un ser que al mundo ha venido
á calmar el sufrimiento,
á dar su pan al hambriento
y su hogar al desvalido.
El que vino aquí á sufrir
y á endulzar tu padecer,
el que bautiza al nacer,
el que bendice al morir,
el que pregona la fe
de una religion divina,
ante el cual la frente inclina
el que culpable se ve.
El que va del bien en pos
sin mirar clase ni nombre,
el que en el mundo del hombre
es un destello de Dios.
Un ser á quien sin razon

hiciste el pecho pedazos,
pero que te abre los brazos
para pedirte perdón.

GASPAR. ¡Señor!...

P. JUAN. ¿Por qué te detienes
cuando impaciente te espero?

GASPAR. ¡Qué vergüenza!

P. JUAN. Si te quiero,
¿por qué á quererme no vienes?

Ven, y si tu dicha labro,
en recompensa te exijo
que abras tus brazos á tu hijo
como yo mis brazos te abro.

(El Padre Juan se queda con los brazos extendidos
hacia Gaspar, el cual, con la frente inclinada y
avergonzado de sí mismo, permanece inmóvil.)

ESCENA XII.

MICHOS, ROQUE, que aparece en la puerta de la izquierda.

ROQUE. ¡Don Gaspar, arrodillado
(Acercándose á D. Gaspar.)
se habla aquí! ¡Abajo esa frente!
(Cogiéndole del brazo con fuerza y obligándole á
que se arrodille á los piés del Cura.)

GASPAR. ¡Oh, rayos!
(Luchando por desasirse de las manos de Roque.)

P. JUAN. Roque, detente.
¡Atrás! (Pausa.) ¿Conque has olvidado
(Colocándose entre los dos. Pausa.)
que se debe respetar
como á un padre, á todo anciano?

ROQUE. Señor...

P. JUAN. Bésale la mano.

ROQUE. Voy... (Besa la mano á Gaspar.)

P. JUAN. Perdónale, Gaspar.

ESCENA XIII.

DICHOS, DIEGO por el fondo, MARÍA por la izquierda.

- DIEGO. ¡Mi padre! (Entrando.)
P. JUAN. ¡Hijo mio! ¡Avanza!
 ¿Tú, Gaspar, qué esperas ya?
GASPAR. ¡Dejadme!...
(Después de un momento de lucha, desaparece precipitadamente por el foro.)
ROQUE. Se marcha.
P. JUAN. Ah!
(Dejándose caer en un sitio.)
DIEGO. ¿Lo ve usted? (Al Padre Juan con sentimiento.)
MARIA. ¡Muere, esperanza! (Pausa.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos GASPAR.

- ROQUE. ¡Qué mal hombre!
P. JUAN. Y bien mirado,
(Hablando consigo mismo.)
 su enojo es muy natural.
 Sí; yo le traté tan mal...
ROQUE. ¿Usted, señor?
P. JUAN. Le he faltado.
ROQUE. Señor Cura, él sin razon
 le dijo á usted cosas graves.
P. JUAN. Bah, bah, bah, bah, ¡tú qué sabes?
 Debó pedirle perdon.
DIEGO. Señor, eso es demasiado.
P. JUAN. Demasiado para tí,
 pero lo que es para mi...
 ¡Estoy tan acostumbrado!...
ROQUE. Iré con usted, no quiero...
 no sea que ese hombre...
P. JUAN. No;
 quédate en casa, iré yo
 sólo. El baston, el sombrero.
 Al mismo tiempo veré

si logro al fin que los dos...
Vaya, hijos míos, con Dios;
no lloreis, pronto vendré. (Váase por el foro)

ESCENA XV.

DIEGO, MARÍA, ROQUE.

ROQUE. (Pausa. Roque contempla un momento la triste actitud de Diego y María: hace un esfuerzo, y acercándose á Diego, le dice sacando una llave del bolsillo.)

Diego, esta llave te entrego,
que es de mi celda en la ermita:
por si murmuran, habita
de noche en mi cuarto, Diego.
Ya que ella su amor te ofrece,
hazte digno de su amor.

DIEGO. Gracias, Roque, en su dolor
Diego su amistad te ofrece.

ROQUE. Yo la acepto, más quisiera,
pues no os puedo dar consuelo,
que os hablarais sin recelo,
como si yo no estuviera.
Su merced me hizo quedar,
y aquí estoy, pues lo ha mandado;
pero hablaos sin cuidado,
Roque no os ha de escuchar.

(Roque se sienta al fuego y apoya la frente en las manos. Pausa.)

DIEGO. María, si hoy de tu lado
me arranca el hado inclemente,
guarda un recuerdo en tu mente
para el infeliz soldado.

MARIA. Piensa, Diego, que María
no soportará tu ausencia;
que es muy débil su existencia
para tan larga agonía.
Si de mi lado te alejas
romperá tu amor sus lazos,
y el corazon en pedazos
dentro del pecho me dejas.

- DIEGO. ¿Qué debo hacer?
MARIA. Con dolor
te veo huir de esta tierra,
que el estruendo de la guerra
mata el grito del amor.
DIEGO. Nunca; y si la suerte impía
corta en la guerra mi aliento,
mi postrimer pensamiento
será para tí, María.
No temas que la ambicion
mate, por su afan de gloria,
tu imágen, que es mi memoria;
tu amor, que es mi corazon.
MARIA. Por esa imágen sagrada,
(Coge á Diego de una mano, y lo conduce delante
de la imágen de Cristo.)
que comprende mi tormento,
yo te empeño el juramento
de esperarte resignada.
DIEGO. ¡Ah, gracias! Partir ya puedo
al ménos más consolado.
MARIA. Mas que no olvide el soldado
que sin corazon me quedo.
DIEGO. ¿De mi amor puedes dudar?
Si me libro de la muerte,
mi mano vendré á ofrecerte
para llevarte al altar.

ESCENA XVI.

DICHOS, RAFAEL, por el foro.

- RAFAEL. ¿Se puede entrar?
ROQUE. Adelante.
RAFAEL. Adios, Roque: adios, María.
DIEGO. Rafael, ¿qué ocurre?
RAFAEL. Venía
á decirte que un instante
te quiere el alcalde hablar.
DIEGO. ¿Sabes para qué?
RAFAEL. Lo ignoro.
(Diego habla con María aparte.)

- ROQUE. ¿Tambien te cogió á tí el toro?
RAFAEL. Sí, por Dios, soy militar.
Mas no trato de importuna
como algunos á la suerte: (Mirando á Diego.)
ó tropiezo con la muerte,
ó cargo con la fortuna.
DIEGO. Vamos pues. (Á Rafael.)
RAFAEL. Adios, paisano.
(Á Roque. Vánse Diego y Rafael por el foro.)

ESCENA XVII.

MARÍA, ROQUE. Pausa.

- ROQUE. (La está matando la pena,
siendo tan pura, tan buena.)
María, yo soy tu hermano,
es decir, lo quiero ser,
si es que tú quieres, María;
y mi existencia daría
por no verte padecer.
El dinero condenado
es causa de tu dolor:
tú tienes á Diego amor,
y Diego se va soldado.
Yo no le puedo librar,
pues sabes que no soy rico;
pero, en fin, soy un buen chico;
no quiero verte llorar;
que aunque él la dulce esperanza
de mis ensueños mató,
el Padre Juan me enseñó
á despreciar la venganza.
Así, pues, alegre el gesto,
y si hallas modo ó manera
en que serle útil pudiera,
manda, á todo estoy dispuesto.
- MARIA. Para mis males no hallo,
Roque, remedio ninguno.
- ROQUE. Pues yo he de buscar alguno.
- MARIA. No existe.

ROQUE.

Entónces me callo.

(Roque se apoya en el cancel de la ventana.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, el PADRE JUAN, por el foro.

MARIA. ¿Vió usted á su padre? (Con afan.)

P. JUAN.

No:

fuí á su casa, pregunté,
y por más que supliqué,
á admitirme se negó.
Conociendo que era en vano,
lo dejé para otro día.

(Reparando en María que se cubre el rostro con las manos.)

¡Lloras!... ¡Por piedad, María,
no aflijas más á este anciano!

MARIA.

Mañana es tarde, señor.

P. JUAN.

¡Tarde!

MARIA.

¡Se marcha!

P. JUAN.

¡Dios mio!

MARIA.

Ya sólo en usted confío,
que comprende mi dolor.

P. JUAN.

Y haces bien en confiar,
que verte sufrir no quiero.

Valor, María, yo espero
que Dios no me ha de olvidar.
Roque, el sombrero, el baston
de viaje.

(Roque mira con asombro al Cura: luégo desaparece por una de las puertas laterales, y vuelve á salir con las prendas indicadas.)

MARIA.

¡Qué oigo!

P. JUAN.

Un abrazo.

MARIA.

¿Me deja usted?

P. JUAN.

Es corto el plazo

de nuestra separacion.

Por esos pueblos sumiso

á los fieles pediré;

venderé ó empeñaré

mi paga, si así es preciso.

Iré á Salamanca: allí
tengo amigos. hija mia,
y ellos, al ver mi agonía,
tal vez se apiaden de mí.
Si no evito así su ausencia,
veré á la reina, si quieres,
la diré que tú te mueres,
y le dará la licencia.

Á acompañar á su cura
irá todo el pueblo entero,
y que le cuente él espero
tu virtud y tu amargura.

Que nunca las soberanas
vieron con ingratitud
sesenta años de virtud
coronados por las canas.

MARIA. ¿No le arredra á usted el pensar
la soledad del camino?

P. JUAN. Hija, el pobre peregrino
tan sólo piensa en rezar.
Mas ¿qué importan las fatigas
á que con placer me entrego
si logro salvar á Diego,
y al fin tus penas mitigas?

(Roque sale con el sombrero y el bastón.)

MARIA. ¡Ah! Mi esperanza renuevo.

P. JUAN. María, la fe cristiana
todo en el mundo lo allana,
y la fe en el alma llevo.
Ella marca mi horizonte;
pues con fe puede el cristiano
convertir un monte en llano
y volver un llano monte.

MARIA. Señor...

P. JUAN. ¡Adios, hija mia!

¡Un abrazo... y confianza!
MARIA. Usted lleva mi esperanza.

P. JUAN. Dios mi incierto paso guia.
Adios, ruega por tu anciano. (Vase.)

MARIA. Por él rogando aquí quedo.

ROQUE. María, salvarte puedo.
(Precipitadamente á María.)

MARIA. ¡Roque!

ROQUE.

Confía en tu hermano.

(Roque sale precipitado de la escena. Marfa cae arrodillada delante de la imagen de Jesucristo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Huerto en casa del Cura. Una tapia de piedra rústica de tres palmos de elevacion cruza el escenario desde la tercera caja de bastidores: en el centro de ésta, una puerta de troncos. En el primer término de la izquierda, la fachada de la casa, con un emparrado, bajo el cual habrá un sillón de baqueta y dos bancos, colocados del modo más conveniente: un ro busto peral y una higuera. Al fondo, monte y un puente practicables, cuyos senderos conducen á la casa del Cura.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, sentada en el sitial de baqueta que hay debajo del emparrado. PETRA, ANASTASIO y VARIOS ALDEANOS, la rodean. Sobre el puente un grupo de Aldeanos; otro en uno de las picos del monte, y otro de MUCHACHOS en otra de las cimas de la colina. Por los senderos bajan y suben Aldeanos del modo más conveniente para dar animacion al cuadro.

PETRA. Vamos, María, no llores.

MARIA. ¡No he de llorar!... ¡Pobre anciano!

ANAST. Sí, ya verás cómo vuelve;
pues no que no!... ¡Voto al chápиро!

MARIA. ¡Ay, Petra! Dos días hace
que se fué por esos campos,
y otros dos que acongojada
en balde su vuelta aguardo.

¿Qué habrá sido de él?

PETRA. María,
vamos, no te aflijas tanto;
Dios nunca olvida á los buenos:
verás cómo vuelve.

MARIA. Acaso...
¡Como es tan viejo!... ¡Dios mio!...
Me horrorizo de pensarlo.
Sólo y en la noche oscura
esos caminos cruzando
entre las nieves del monte
y los peligros del llano...
Vamos, ¡no tengo razon
para llorar!

ANAST. Pues... ¡canario!
ha de volver, porque aquí
todos le necesitamos
como el pan de cada dia,
como la lluvia el sembrado.
Si á la tarde cuando el sol
se esconda tras los ribazos
no ha vuelto, nos reunimos,
y en las borricas montando
nos desparramamos todos
hasta los fines del radio,
y de juro viene aquí
como dos y dos son cuatro.
¡Pues si por él nos iríamos
hasta á ver al Padre Santo!

UN ALD. Dice éste bien.

ROM. Yo lo mismo
digo que dice Anastasio.

TODOS. ¡Y yo!

ANAST. ¡Si es nuestro consuelo!

ROM. Nuestro alivio.

ANAST. Nuestro paño
de lágrimas.

MARIA. Os conozco
y sé lo que hareis.

ANAST. Es claro.

MARIA. Gracias, mis buenos amigos;
mas temo que sea en vano.

Está el Padre Juan muy débil,
tiene sesenta y seis años;
y á esa edad, mata una noche
de frios y de cansancio.

UN MUC. (Del monte.)

¡Aleluya!

MARIA. ¡Ah!

UN ALD. (De otro grupo.) ¡Aleluya!

OTRO. ¡Ahí está! ¡Él es!

MARIA. ¡Vamos!

TODOS. ¡Vamos!

MARIA. ¡Gracias, Dios mio!

UN ALD. (Desde el puente.) ¡Si es Diego!

MARIA. No es él. ¡Valedme, Dios Santo!

ESCENA II.

DICHOS, DIEGO, que aparece en la montaña desalentado y con muestras de cansancio. Baja en derechura á la escena, y María le sale al encuentro.

DIEGO. ¡María!

MARIA. Diego, responde:
dime, ¿no le has encontrado?
¿No le has visto?

DIEGO. En todo, en todo
me es el destino contrario,
María. En vano en su busca
cien senderos he cruzado.
Sin concederme un minuto
de tregua, seguí sus pasos
por todas partes, por él
con ansiedad preguntando;
tan sólo encontré á los niños
que de aquí le acompañaron,
y á los cuales despidió
por temor de fatigarlos.
¡Noble corazón!

MARIA. ¡Dios mio!

¡Apiádate del anciano!

DIEGO. Seguí entónces hecho un loco
la ruta que me indicaron,

creyendo que al fin podría
por mi fortuna encontrarlo...
¡Empeño inútil! Me vuelvo
sin él, y desesperado.

MARIA. ¡Y nadie le ha visto?

DIEGO. Nadi e.

MARIA. Ten piedad, Dios soberano,
tú que sabes que es la vida
de los que le amamos tanto!
¡Esto es horrible! Á su edad
verse solo, extraviado,
quizás junto á un precipicio
esté á estas horas cruzando.

DIEGO. ¡Calla por Dios, que me partes
el corazon en pedazos,
al pensar que soy la causa
de tu pena y tu quebranto!

UN ALD. (Desde los picos de las montañas.)
Ahora si que es él.

TODOS. ¡Él es!

UNO. Lo traen unos aldeanos.

MARIA. ¡Haz que sea verdad, buen Dios!

UN ALD. Y lo viene acompañando
gente de Ciudad-Rodrigo.

DIEGO. Corramos.

TODOS. Sí, sí, corramos.

(Diego y aldeanos se precipitan á la montaña. María
se queda esperando en la mayor ansiedad.)

MARIA. Que no me engañe... ¡Ah! Sí, es él;
gracias, gracias, cielo santo.
(Corre á encontrarle.)

ESCENA III.

DICHOS, el PADRE JUAN, á quien llevan unos aldeanos sentado
en una especie de camilla, hecha con ramos y troncos. Todos le
rodean, unos le besan la capa, otros las manos; él se apoya en
María y Diego, los cuales le sientan bajo el emparado, en el
sitial de baqueta.

P. JUAN. Ya por fin estoy aquí.

MARIA. Señor...

se hacen de golpe y porrazo:
que ésta salió mal?... Paciencia.

MARIA. ¿Con qué nada se ha alcanzado?

P. JUAN. Nada: llegué á Salamanca;
busqué á Pedro, recordando
de que los dos, siendo jóvenes,
juntos latin estudiamos:

pregunté en su casa; un viejo
me dijo riendo: «Santo
varon, si ese que usted busca
se murió hace veinte años.»

Me desorienté ante aquel
contratiempo inesperado:
salí á la calle, y de pronto
con un rótulo me hallo

que decía: «Presamista.»

Subo, con el dueño hablo,
de mi visita le entero,
y entre cortés y turbado
me vino á decir: «Amigo,
usted tiene muchos años,
y ántes de acabar la deuda
tal vez usted habrá acabado.»

Viendo mi poca fortuna
fuíme á los pueblos cercanos;
pero, hijos, se hallan tan pobres,
que todo mi afán fué vano.

Ya á tornar me disponía;
pero el camino es tan largo
y mi edad tan avanzada,
que me arrimé junto á un árbol
para recobrar las fuerzas,
que me iban abandonando.

Allí me encontró la noche,
y el frío, el hambre, el cansacio,
pudieron más que mi espíritu,
y al fin caí desmayado;

y á no ser por unos mozos
compasivos, este anciano
ya no pudiera, hija mia,
estrecharte entre sus brazos.

DIEGO. Señor, yo no podré nunca

- pagar beneficios tantos.
- P. JUAN. Yo sólo la intencion puse.
- MARIA. Y hoy que se termina el plazo,
hey que á los quintos se llevan...
- P. JUAN. Fe y confianza tengamos,
hijos míos. Dios es grande.
¿Pero y Roque? Es muy extraño...
que no se halle aquí.
- MARIA. Hace poco
se encontraba.
- P. JUAN. Mira, acaso
no fuera mal que dijeras
á Gaspar que aquí le aguardo.
- DIEGO. Será inútil.
- MARIA. Por probar
nada se pierde.
- P. JUAN. Está claro.
- DIEGO. ¡Ah! No: el corazón me dice
que de ustedes me separo.
- P. JUAN. Dios no lo querrá, María,
vé á buscarle; hagamos algo
por última vez.
- MARIA. Dios quiera
que al fin...
- DIEGO. Ya todo es en vano.
- P. JUAN. ¿Y qué sabes tú? Vé, hija,
yo aquí te espero. Mis párpados
se cierran á pesar mío.
- MARIA. Hasta luego. (Vase corriendo por el foro.)
- DIEGO. Yo entre tanto
en casa estoy. (Señalando la del Cura.)
- P. JUAN. ¿Qué, me dejas?
- DIEGO. Así dormirá usted un rato.
- P. JUAN. Bien lo necesito.
- DIEGO. Entonces
hasta luego.
(Diego entra en la casa. El Padre Juan se queda en
el sitio que hay debajo del emparrado.)
- P. JUAN. ¡Pobre muchacho!
(Viendo desaparecer á Diego.)

ESCENA V.

EL PADRE JUAN.

Un frio, una pesadez
siento que me desagrada:
pero esto no será nada.....
achagues de la vejez.
Há dos dias sin comer,
mucho andar y mal dormido;
yo de mis sueños me olvido,
y ellos me vienen á ver.
¡Pobre Diego! Vanos fueron
los esfuerzos de este anciano:
pidió, y al tender su mano,
como eran pobres no dieron.
Mas Dios dijo: *No dudeis;
llamad y se os abrirá:*
pedid con fe, y se os dará:
buscad con fe, y hallareis.
Y esas palabras, Señor,
que en esta tierra has sembrado,
alientan á un desgraciado
para implorar tu favor:
y pues grande es tu clemencia,
derrama sobre este anciano
un destello soberano
de tu santa providencia.

(El Padre Juan cruza las manos en actitud de orar:
reclina la cabeza sobre el respaldo del sillón, y se
queda dormido. Pausa.)

1 *Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llama-
dad y se os abrirá.* El santo *Evangelio* de Jesneristo.
Capítulo VII, Vers. 7, segun S. Mateo.

ESCENA VI.

EL PADRE JUAN, dormido. ROQUE aparece en lo alto del monte, reconoce el terreno y baja á la escena: se acerca á la casa del Cura; luego repara en el Padre Juan, y hace un movimiento de sorpresa; pero cuando se cerciora de que está dormido, saca de su seno una bolsa que figura estar llena de oro, y se arrodilla á los piés del Cura, le besa las manos, los piés y la frente. Deja la Bolsa sobre las rodillas del Padre Juan y desaparece precipitadamente por la izquierda.

ESCENA VII.

EL PADRE JUAN despertando.

¿Quién me besa?... Ni un instante me dejareis descansar...

Vamos, ¿vendreis á estudiar los proverbios?... Adelante.

Venid... ¿Os estais burlando de mí?... Pues...

(Se levanta y cae al suelo la bolsa que dejó Roque sobre sus rodillas.)

¿Qué se ha caído? (Lo recoge.)

¿Lo que pesa!... ¿Habrán metido piedras?...

(La abre; y al ver lo que contiene, dice con asombro.)

¡Oro!... ¿Estoy soñando?

¡No, no! ¡Lo miro! ¡Lo toco!

¡Dinero! ¡Dios soberano!

¡Mas cómo llegó á su mano?

Vamos, Juan, poquito á poco.

En casos excepcionales

la cachaza es lo primero.

(Registra la bolsa y cae un papel.)

¡Un papel entre el dinero!

veamos. (Lee.) «Hay seis mil reales;

la cantidad necesaria

para salvar un soldado.»—

¡Ah! ¡Sí, sí, Dios me ha escuchado,

Dios ha oído mi plegaria!
El que mi frente besó,
el que este oro ha traído,
es él, estoy convencido,
Dios su corazón tocó.
Con delicadeza tal,
sólo á un padre obrar le es dado;
por fin la fuente ha brotado
del cariño paternal.
¡Diego! ¡María! ¡Corramos!...
El tiempo no malgastemos...
ya es libre, ya le tenemos
con nosotros... ¡Le salvamos!

ESCENA VIII.

EL PADRE JUAN, DIEGO, que sale de la casa del Cura.

P. JUAN. ¡Ah! ¡Diego! Este oro que ves
es suyo: él lo ha traído.

DIEGO. ¿Quién, señor?

P. JUAN. Se ha enternecido,
sí, corramos á sus piés.

DIEGO. ¿Pero quién, señor?

P. JUAN. Tu padre,
que ya por fin se ha apiadado,
que te libra de soldado,
que te ama como tu madre.

DIEGO. ¡Será verdad!

P. JUAN. Ni un momento
perdamos, corre sin pena;
cuando yo hago una obra buena
detrás de mí queda el viento.

(Los dos salen precipitados. Al llegar al monte se debe conocer la fatiga que le cuesta al Padre Juan subir la empinada vereda que conduce al puente, por el que desaparecen los dos.)

ESCENA IX.

ROQUE sale de entre las rocas de la izquierda y observa á Diego y al Cura; luégo baja al proscenio.

¡Pobre viejo! Á cada instante
lo que hice ménos me pesa;
que una alegría como esa
quita una arruga al semblante.

Á lo hecho, pecho y valor;
y pues sólo te han dejado,
Roque, llora sin cuidado,
que el llorar no es deshonor.

Aquí puedes sin testigos
y sin recelo ninguno
abrazar uno por uno
á tus callados amigos.

Adios, mi viejo peral: (Abrazándole.)

ya Roque, como algun dia,
no irá arrojando á María
tu fruta en su delantal.

Adios, parra, á donde vimos
pasar nuestra edad más bella;
este Agosto, para ella
no cogeré tus racimos.

Adios, tú, mi anciana higuera
á cuya sombra crecí;
dichoso Roque si aquí
bajo tu sombra muriera.

Cuando á los nevios acojas
de tu viejo tronco al pié,
para que el sol no les dé,
apiña tus verdes hojas.

Y tú, mi casita vieja,
y tú, mi huerto adorado,
adios, que se va el soldado,
mas su corazon os deja.

(Roque se dirige al foro, á tiempo que entra Rafael y le detiene.)

ESCENA X.

ROQUE, RAFAEL.

- RAFAEL. Dime, Roque, ¿has visto á Diego?
ROQUE. No le he visto.
RAFAEL. ¿Estará en casa
del Cura?
ROQUE. No.
RAFAEL. ¡Voto al chápiro!
El Sargento está que rabia
por largarse de la aldea,
y aquí á buscarle me manda.
ROQUE. Pues qué, ¿va al servicio Diego?
RAFAEL. Su padre se llama andana;
y como no suelte el trigo,
el Sargento lo reclama.
ROQUE. ¿Y quién sabe si á estas horas
es libre?
RAFAEL. ¿Libre? ¡Ya baja!
¿Y cómo?
ROQUE. ¿Cómo ha de ser?
Dando los seis mil que marca
el reglamento: él es rico...
RAFAEL. Sí, muy rico; pero carga
con el chopo, como el hijo
de mi madre. Pero acaban
de decirme en la taberna
que habías sentado plaza.
ROQUE. No: me he vendido.
RAFAEL. ¿Vendido?
ROQUE. ¡Vendido! ¿De qué te extrañas?
RAFAEL. Hombre, ¿para qué querías
el dinero?
ROQUE. Cosa es clara:
cuando por él me vendí
es porque me hacía falta.
RAFAEL. ¿Cuánto te dieron?
ROQUE. Seis mil
reales en onzas rancias.
RAFAEL. ¡En peluconas! Moneda

que siempre me fué simpática.
¿Quién te compró?

ROQUE. El regidor
para el hijo de la Paca.
Rico es, no quiere servir,
busca quien le sirva, y paga:
yo me ofrecí; voy por él;
me largó la mosca, y pata.

RAFAEL. Pero siendo un cobardon
¿te has decidido?

ROQUE. Las balas
ni respetan al valiente
ni al cobarde: conque guarda
tu pellejo como puedas
y por mí no pases ansias.

RAFAEL. Mucho sentiré que Diego
no venga en nuestra compañía.

ROQUE. No quieras el mal del prójimo.
Vamos, que el Sargento aguarda.
(Vánse por la derecha, á tiempo que por la iz-
quierda salen Gaspar y María.)

ESCENA XI.

MARÍA, GASPAS.

MARIA. Estará dentro: si usted
me permite...

GASPAR. Como quieras.
(María, que habrá llegado hasta la puerta de la
casa, se queda allí pensativa.)
(La humildad que se respira
aquí, mi valor enerva.)
¿No vas á avisarle?
(Reparando en la inmovilidad de María.)

MARIA. Voy...
pero ántes, señor, quisiera
hacer á usted una pregunta.

GASPAR. ¿Y quién te prohibió hacerla
por el camino?

MARIA. Es que allí,
señor, me daba vergüenza;
y aunque intenté por dos veces

- hablar, se negó mi lengua.
GASPAR. ¿Y aquí puedes?
MARIA. Ya lo creo:
aquí mi valor se aumenta,
porque me encuentro entre amigos.
GASPAR. ¿Entre amigos? (Mirando en torno suyo.)
MARIA. Sí, la higuera,
el peral, el emparrado,
y en fin, mi casita vieja;
que ellos me han visto crecer,
y ellos, señor, me consuelan:
sus frutos me regalaron
allá en mi infancia risueña,
y hoy bajo su fresca sombra
la mujer llora sus penas.
GASPAR. Acabemos: ¿la pregunta?..
MARIA. Si pone usted la faz seria,
ni aun hallándome entre amigos
valor tendré para hacerla.
GASPAR. (Ante su humildad sucumbe
mi altivez.)
MARIA. ¿Me da licencia
para continuar hablando?
GASPAR. Sí, sí, María, y dispensa
mi carácter.
MARIA. Allá voy:
yo, señor Gaspar, quisiera
saber si he dado motivos
para que usted me aborrezca.
GASPAR. Yo no te aborrezco.
MARIA. Eso
digo yo; pero en la aldea
dan en decir lo contrario.
GASPAR. Pueden decir lo que quieran.
MARIA. Es verdad que Diego me ama
y que le amo yo: si es esa
la causa, mucho me temo
dure mientras yo no muera.
GASPAR. ¿Tanto le amas?
MARIA. ¡Si le amo!
Más que al sol ama la tierra:
si ella por sus rayos vive,

por su amor mi pecho alienta.
Mas si á usted su amor enoja,
yo le diré que no venga,
que ante el mandato de un padre
razon es que el hijo ceda.

(Gaspar se queda contemplando un momento á María: luégo, como si deseara salir de su abatimiento, hace un esfuerzo y se encamina hácia la casa de Cura. María se interpone.)

¿Se va usted, señor?... ¿Acaso
no merezco una respuesta?

(María le coge una mano á Gaspar y le dice con sentimiento los versos que siguen.)

Si usted necesita un hijo
que le cuide y que le quiera,
si esas canas que coronan
su venerable cabeza
están pidiendo un apoyo,
¿por qué sus puertas le cierra?
En vano frunce usted el ceño:
esos ojos me revelan
que el cariño paternal
en su corazón alienta.
Deje usted correr las lágrimas
que una á otra se atropellan
por salir...

GASPAR. Calla, hija mia,
y ojalá que mereciera
un hijo ingrato...

MARIA. Es que ahora
no es el mismo...

GASPAR. Cesa, cesa.

(Se dirige á la casa.)

¿Está dentro el Padre Juan?

MARIA. Debe estar.

GASPAR. Bien: por si llega
mi hijo, le hablaré en su cuarto:
no quiero que aquí me vea.
Si viene, María, ocúltale
mi llegada.

(Gaspar entra en la casa. Diego aparece en el monte.)

MARIA. ¿Ya qué esperas,
corazon? Muere callando.

DIEGO. ¡María! (En el monte.)

MARIA. ¡Ah! Es él, que no sepa...

(Se dirige á la casa y entorna la puerta. Luégo sale
al encuentro de Diego.)

ESCENA XII.

MARÍA, DIEGO.

DIEGO. María, con impaciencia
vengo tu afan á calmar;
ya no abandono el lugar,
ya he comprado mi licencia.

MARIA. ¡Dios mio!... ¿Será verdad?

DIEGO. Sí; mi padre, compasivo,
quiso por fin que el cautivo
gozase de libertad.

MARIA. Vuelve, vuelve á repetir...

DIEGO. Torna al pecho la esperanza,
María, que en lontananza
nos sonrie el porvenir.

MARIA. ¿Pero el Padre Juan lo sabe?

DIEGO. Sí, sí, y loco de alegría
corrió á salvarme, María.

MARIA. Para que mi pena acabe
ya sólo el perdon nos falta
de tu padre.

DIEGO. ¡Su perdon!

Por lograrle, el corazon
aquí de impaciencia salta;
y calcula tú si en mí
obra un afan verdadero,
que al abrazarle, el primero
será desde que nació.

(El Padre Juan, rodeado de niños, aparece en el
puente.)

MARIA. (Temo decirle que está
su padre aquí; mas su afan
me lastima.)

DIEGO. El Padre Juan. (Viéndolc.)

MARIA. (Él por mí se lo dirá.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el PADRE JUAN, y niños por el fondo.

P. JUAN. Esperad junto al peral
quietecitos.

NIÑO 1.º Yo por mí
ya no me muevo de aquí. (Se sienta.)

NIÑO 2.º Ni yo.

NIÑO 3.º Ni yo.
(Diego coloca á los niños alrededor del peral)

P. JUAN. ¡Hola!... ¡Qué tal, (Á María.)
María? ¿Te habrá contado
Diego?...

MARIA. Sí.

P. JUAN. ¿Estás contenta?

MARIA. ¡Vaya!

P. JUAN. Pasó la tormenta.
Ya se queda á nuestro lado.
(¿Encontraste á Gaspar?

MARIA. (Bajando la voz.) Sí,
allá dentro está aguardando.

P. JUAN. Y yo que le estoy buscando...
(Se dirige á la casa, María se interpone y le dice
en voz baja.)

MARIA. Señor, es que...

P. JUAN. Vamos, dí.

MARIA. No quiere ver á su hijo.

P. JUAN. ¿Que no? Ese hombre está loco,
cuando él mismo hace muy poco...
nos trajo aquí...

MARIA. Así lo dijo.
(Hablan en voz baja. Diego, que habrá estado
junto á los niños, les dice.)

DIEGO. ¿Y quién tiene más memoria
de entre vosotros?

NIÑO 1.º Perico,
y con todo es más borrico
que el que tira de la noria.
(Uno de los chicos le da un cachete á otro. Diego

apaciguando á los chicos, que se dan codazos.)
P. JUAN. Nada, nada, respetemos (Á María.)
su órden. ¡Cómo ha de ser!
(Hablando consigo mismo.)
(Pero no quiero perder
la oportunidad. Probemos.)
Saca la *Biblia*. Á Gaspar (Á María.)
le dices que entro al instante.
(María entra en la casa.)
¡Mi plan llevaré adelante!
Nada me cuesta probar.

ESCENA XIV.

DICHOS ménos MARÍA.

P. JUAN. Esos bancos con presteza (Á los niños.)
arreglad. Habeis querido
venir... no metais ruido,
(Los chicos tiran un banco.)
que me duele la cabeza.

NIÑO 1.º ¡Lo ves? Por tí nos regaña. (Á otro.)

OTRO.. Tú eres el que mal lo lleva.

(Los muchachos, ayudados por Diego, colocan los
dos bancos y el sillón de modo que el respaldo de
éste dé á la puerta de la casa.)

P. JUAN. (Sí, saldré bien de esta prueba,
el corazón no me engaña.)
Diego, tengo algo cargada
la cabeza; hazme el favor
de leer tú.

DIEGO. Bien, señor.

ESCENA XV.

DICHOS, MARÍA con la Biblia.

MARÍA. Aquí está el libro.

P. JUAN. (Á los niños.) Me agrada
veros así; estais soberbios
por lo graves. Y tú así,
(Á Diego, sentándole de espaldas á la puerta.)
comienza á leer aquí.

- DIEGO. (Leyendo.)
«El libro de los Proverbios.»
- P. JUAN. Vosotros, con atencion,
esos consejos benditos,
escuchad, que están escritos
por el sabio Salomon.
(El Padre Juan entra en la casa, y á poco sale cogido del brazo de D. Gaspar.)
- MARIA. Yo voy á oírte.
NiÑO. 1.º María,
siéntate aquí.
- MARIA. No, estoy bien.

ESCENA XVI.

DICHOS, el PADRE JUAN y GASPAB, que se ocultan detrás del emparrado.

- GASPAB. ¿Qué intenta usted?
- P. JUAN. Calma ten,
y escucha al jóven que un dia
provocó tu injusta ira,
y aquí por tu bien advierte,
que da la vida ó la muerte
el aire que se respira.
- DIEGO (Lee.)¹ «Proverbios de Salomon, hijo de David, rey de Israel.—Hijo, no olvides mi ley, y guarda en tu corazon mis preceptos. No se aparte de tí la misericordia y la verdad, rodélas á tu garganta y cópialas en las

¹ Estas parábolas están sacadas de los XXXI capítulos de que se compone el libro de Salomon llamado *Los proverbios*, segun *la vulgata latina anotada y conforme al sentido de los santos padres y expositores católicos*, por el ilustre Sr. D. Felipe Scio de San Miguel, obispo de Segovia.

Como un drama es más para representado que para leído, y en su ejecucion no pueden leerse las notas del Padre Scio, sin grave riesgo de matar su interés dramático, y ademas los proverbios de que hemos aprovechado para el desenlace de esta obra, no son los que más necesitan de notas por su bondad cristiana y la consoladora esencia que su lectura derrama en el espíritu de todo cristiano, suprimimos en esta impresion, bien á pesar nuestro, las luces con que ha embellecido este libro santo el ilustre escritor religioso.

:

tablas de tu corazon.»

«El que vuelve males por bienes , no se apartará el mal de su casa.»

«La ira es como el rugido del leon, la benevolencia como la gota del rocío.»

«El hombre necesitado es misericordioso, y mejor es el pobre que el hombre mentiroso. Quien se compadece del pobre, da prestado á Dios.»

«Busca la ruina quien alza demasiado su portada.»

GASPAR. ¡Y es mi hijo el que oyendo estoy!

P. JUAN. Tu hijo, á quien has de querer.

GASPAR. ¡Mi hijo, á quien maldije ayer!

P. JUAN. Tu hijo, á quien bendices hoy.

GASPAR. ¡Él enseñando á los niños!

P. JUAN. Es que está purificado.

GASPAR. ¿Pero quién le habrá formado?

P. JUAN. Mis paternas caricias.

DIEGO. (Lee.) «Las reprensiones suaves quebrantan la ira. Las palabras duras excitan el furor. Corona de los viejos son los hijos de sus hijos; y gloria de los hijos los padres de ellos.»

GASPAR. Basta ya, que el corazon saltar del pecho quisiera.

P. JUAN. Diego, tu padre te espera.

MARIA. ¡Ah! (Volviéndose.)

DIEGO. ¡Padre mio! ¡Perdon! (Se abrazan.)

P. JUAN. Llorad, llorad sin recelo,
calmando vuestra agonía:
Gaspar, hoy tiene un buen dia
tu santa esposa en el cielo.

DIEGO. Padre, yo fui un criminal.

GASPAR. Pasadas culpas olvida.

DIEGO. Desde hoy comienzo otra vida,
pues conozco el bien y el mal.

GASPAR. Padre Juan, usted ha salvado
á Diego, y pues su sobrina
á quererle al fin se inclina,
con ese amor quedo honrado.

P. JUAN. Pues que por fin os juntamos,

lo demas á ellos lo fio.

CASPAR. Ahora es preciso, hijo mio,
ir á la aldea, corramos.

DIEGO. ¿Á qué, señor?

GASPAR. Por que yo
quiero tenerte á mi lado.

DIEGO. Padre, ya no soy soldado.

GASPAR. ¿Que no eres soldado?

DIEGO. No.

GASPAR. ¿Quién pudo librarte?

P. JUAN. Aquí
el dinero no hace mucho
dejaste.

GASPAR. ¡Yo no!

P. JUAN. ¿Qué escucho! (Asombrado.)

¿Que no fuiste tú!

GASPAR. No fui.

DIEGO. ¿Á quién, pues estoy debiendo
mi libertad?

(Petra, Anastasio, Romualdo y una multitud de aldeanos, niños y gente del pueblo, bajan en tropel por los senderos del puente, y se colocan junto á la tapia de la casa del Cura: detrás de éstos, y en direccion al puente, el Sargento y ocho soldados, seguidos por los cuatro quintos; entre los cuales se hallan Roque y Rafael.)

PETRA. Pobrecitos.

Míalos, míalos, qué contritos
van.

(El Padre Juan se vuelve, y al ver á Roque, que debe hallarse en el puente, lanza un grito.)

P. JUAN. ¡Ah! ¡Todo lo comprendo!

(Corre hasta la puerta, y al ver que Roque sigue andando, se detiene y dice extendiendo sus brazos en direccion á él.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALDEANAS, ALDEANOS, etc.

P. JUAN. ¡Roque! ¡hijo mio! ¡detente!

ROQUE. (Desde el puente, agitando el sombrero.)

¡Padre Juan, María, Diego!...
Adios.

P. JUAN. Mi amistad te niego,
Roque, si cruzas el puente. (Pausa.)

ROQUE. Mi primero, me ha criado
ese anciano. (Al Sargento)

SARG. Vé ligero.

ROQUE. Muchas gracias, mi primero.
(Roque baja á la escena: el Padre Juan le sale al
encuentro, y cogiéndole por el brazo le dice)

P. JUAN. ¿Qué es eso?

ROQUE. Que soy soldado.
(Con alegría forzada.)

P. JUAN. }
DIEGO. } ¡Soldado!
MARIA. }

P. JUAN. Responde, dí,
mas que no mientas te pido;
¿por salvarle te has vendido?
(Señalando á Diego con una mirada.)

ROQUE. Señor, yo...

P. JUAN. Responde.

ROQUE. (Después de un momento de lucha.) Sí.

P. JUAN. ¿Qué has hecho?

ROQUE. Pagué un tributo
de gratitud nada más.

GASPAR. Roque, al servicio no irás,
yo te compro un sustituto.

DIEGO. Gracias, padre.

P. JUAN. Bien, Gaspar.

GASPAR. Gracias no merezco, no:
él por mi hijo se vendió,
y yo le debo comprar;
que su santa abnegacion,
aunque yo le libre de ella,
ha dejado una honda huella
grabada en mi corazon.

ROQUE. A lo hecho pecho y contento,
usted el dinero disfruta;
y adios, que teme el recluta
el mal humor del Sargento.

GASPAR. No será, que rico soy,

- y es justo que el mal evite.
DIEGO. Y si el dinero no admite,
padre, en su lugar me voy.
- MARIA. ¡Roque! (Á media voz.)
ROQUE. Si eso les apura, (Mirando á María.)
que cese el apuro quiero.
Bien está, admito el dinero.
- GASPAR. Gracias.
ROQUE. Déselo usted al Cura.
- P. JUAN. ¿Á mí?
ROQUE. Si ocho años pasados
son, y ni vuelvo ni escribo,
es prueba de que no vivo:
délo usted á los desgraciados.
Si vuelvo, con él podré
en un seminario entrar,
y allí á fuerza de estudiar
á ser cura llegaré:
y yo entónces sus cariños
recordaré y sus consejos,
siendo amparo de los viejos
y protector de los niños;
siendo el apoyo, el sosten
del infeliz afligido;
siendo, en fin, lo que usted ha sido,
un santo.
- P. JUAN. (Arrojándose en sus brazos y anegado por las
lágrimas.)
Á mis brazos ven,
hijo, y por Dios infinito
te ruego que no te alejes,
yo no quiero que me dejes,
Roque, yo te necesito.
- ROQUE. Perdone usted, Padre Juan,
y no me tache de ingrato
si hoy sus órdenes no acato;
tengo formado mi plan,
y no cejo: en vano es
cuanto me aconseja y dice:
al venderme, no lo hice
por el mezquino interés;
deme usted, si me ha de dar

su bendicion, y á vivir,
que Roque se va á cumplir
la ordenanza militar.

P. JUAN. Piensa que el destino impío
en la lucha fratricida
te puede arrancar la vida;
no te vayas, hijo mio.

ROQUE. Á otros he visto volver,
ya volveré aunque me vaya;
donde un hombre hace una raya
otro hombre la puede hacer;
yo tengo esa persuasion,
pues me llevo, aunque me ausente,
sus consejos en la mente
y su fe en el corazon.

P. JUAN. Hijo, sí, vuelve al hogar
do hubiste niñez tranquila,
que el pobre viejo vacila
y en tí se quiere apoyar.
Torna: mi voz como un dia
el santo templo no llena,
y el cáliz alza con pena
hácia Dios mi mano fria.
Y si al tornar, una losa
te indica muda y helada
que una vida terminada
bajo su peso reposa,
vierte una lágrima allí
de piedad y de consuelo,
que el Padre Juan desde el cielo
otra verterá por tí.

(Roque se arrodilla. El Padre Juan le bendice:
luego le abraza. Diego le da la mano. María y las
demás aldeanas le rodean. Roque, por fin, hace un
esfuerzo y sale de la escena precipitadamente; llega
al puente y se reúne con los soldados. Cuando llega
al fin del monte, tiende sus brazos y agita el som-
brero. Todos los aldeanos y aldeanas hacen lo mis-
mo hasta que se pierde de vista. El Padre Juan se
ha quedado con la mirada fija en el suelo é inmóvil.
Gaspar se le acerca y le dice.)

GASPAR. Vamos, valor, Padre Juan.

P. JUAN. Yo le crié desde niño...
la dulzura y el cariño,
Gaspar, ese fruto dan.

GASPAR. Es verdad. (Doblando la cabeza avergonzado.)

P. JUAN. Aunque te enoje

recordarte tu rigor,
el hombre es un labrador,
y lo que siembra recoge.

(María, Diego, los aldeanos de ambos sexos y los niños se reúnen con el Padre Juan y Gaspar.)

MARIA. ¡Padre!

DIEGO. ¡Señor!

P. JUAN. (Señalando el monte por donde ha desaparecido Roque y los dos soldados.)

¡Ya partió!

DIEGO. Acaben duelos prolijos...

MARIA. Le quedan á usted dos hijos!

NIÑO 1.^o ¡Y yo tres!

NIÑO 2.^o ¡Y yo!

TODOS. ¡Y yo!

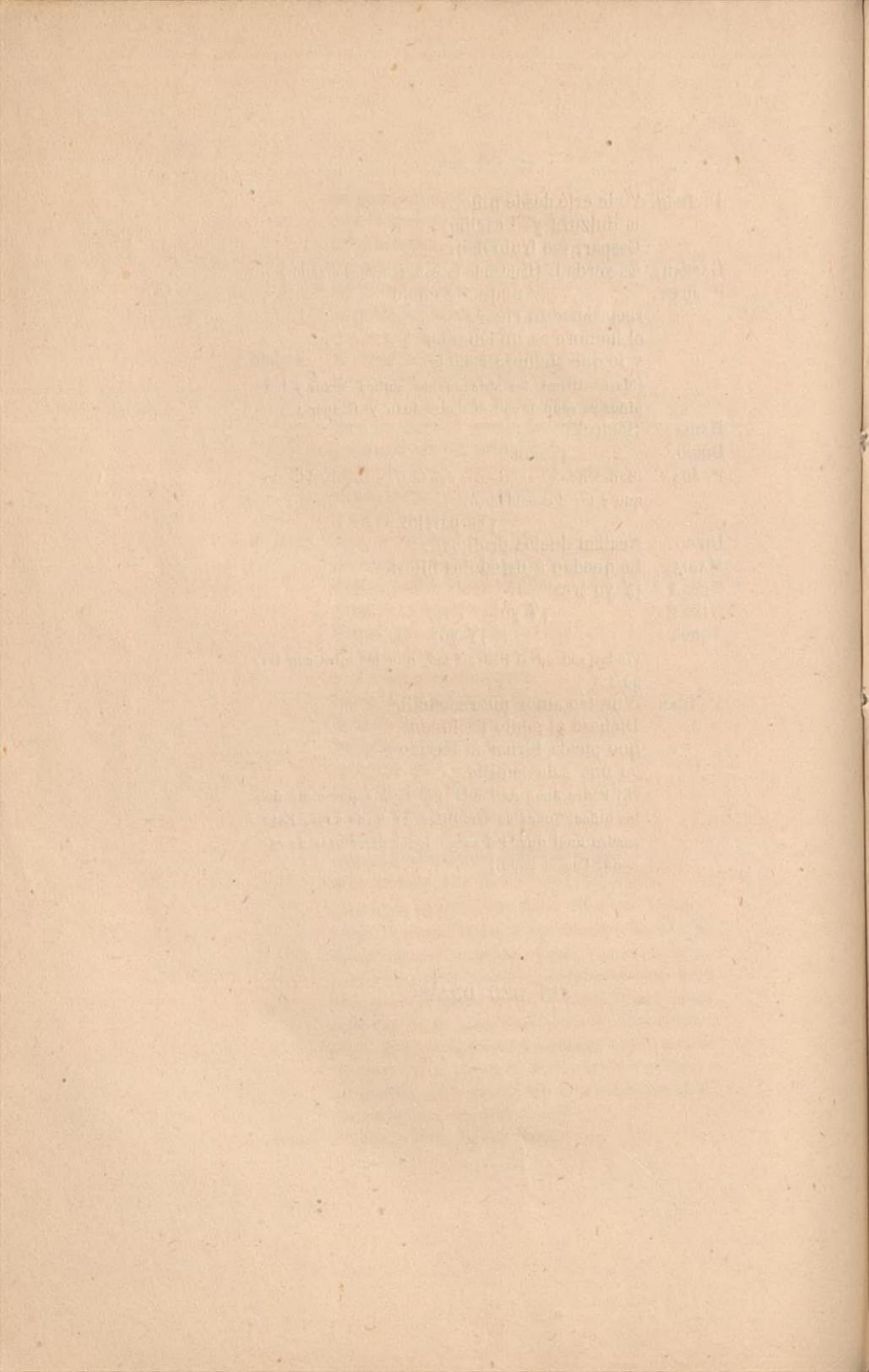
(Todos rodean al Padre Juan, que los mira con ternura.)

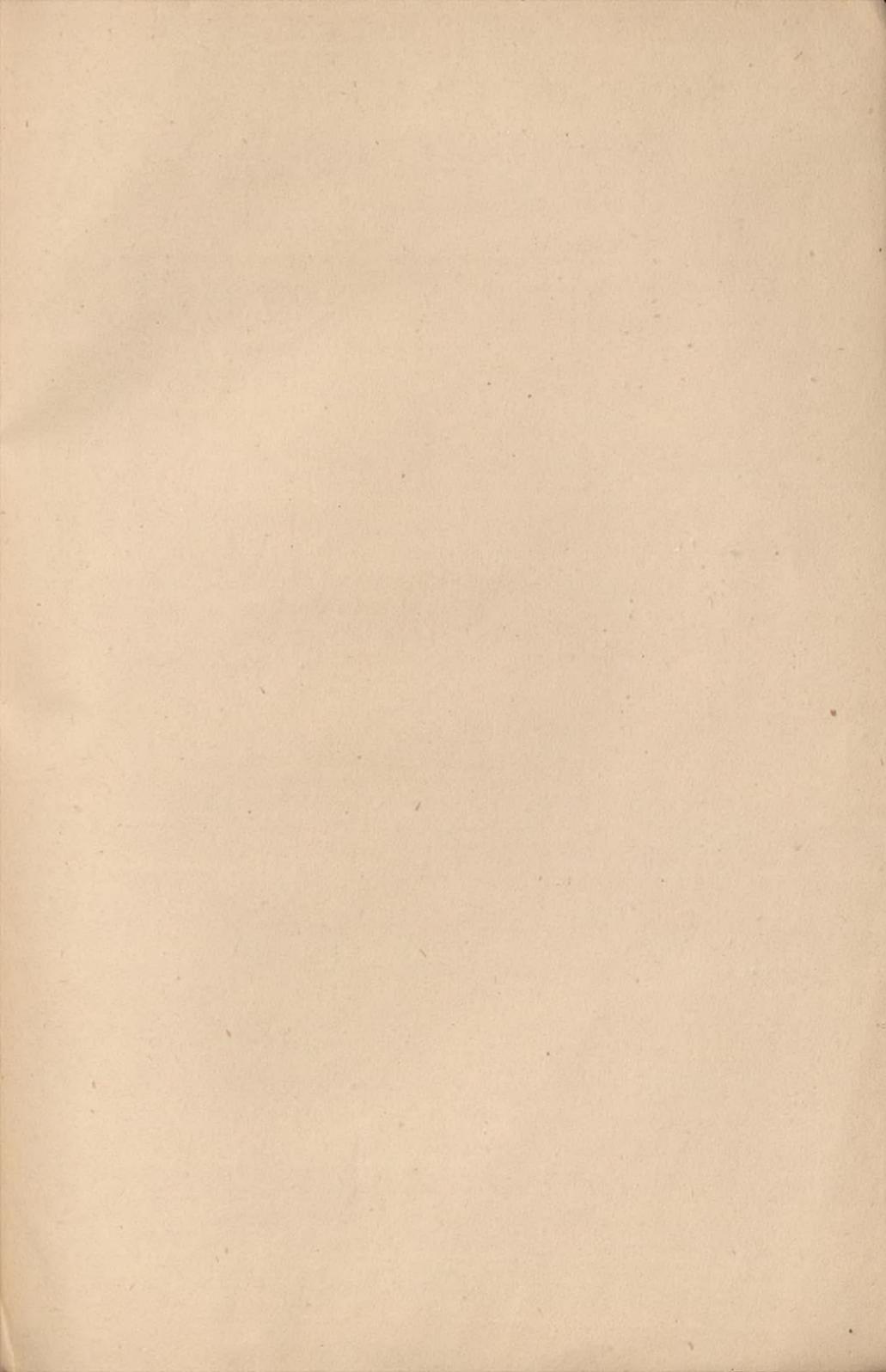
P. JUAN. Vuestro amor me reconcilia.

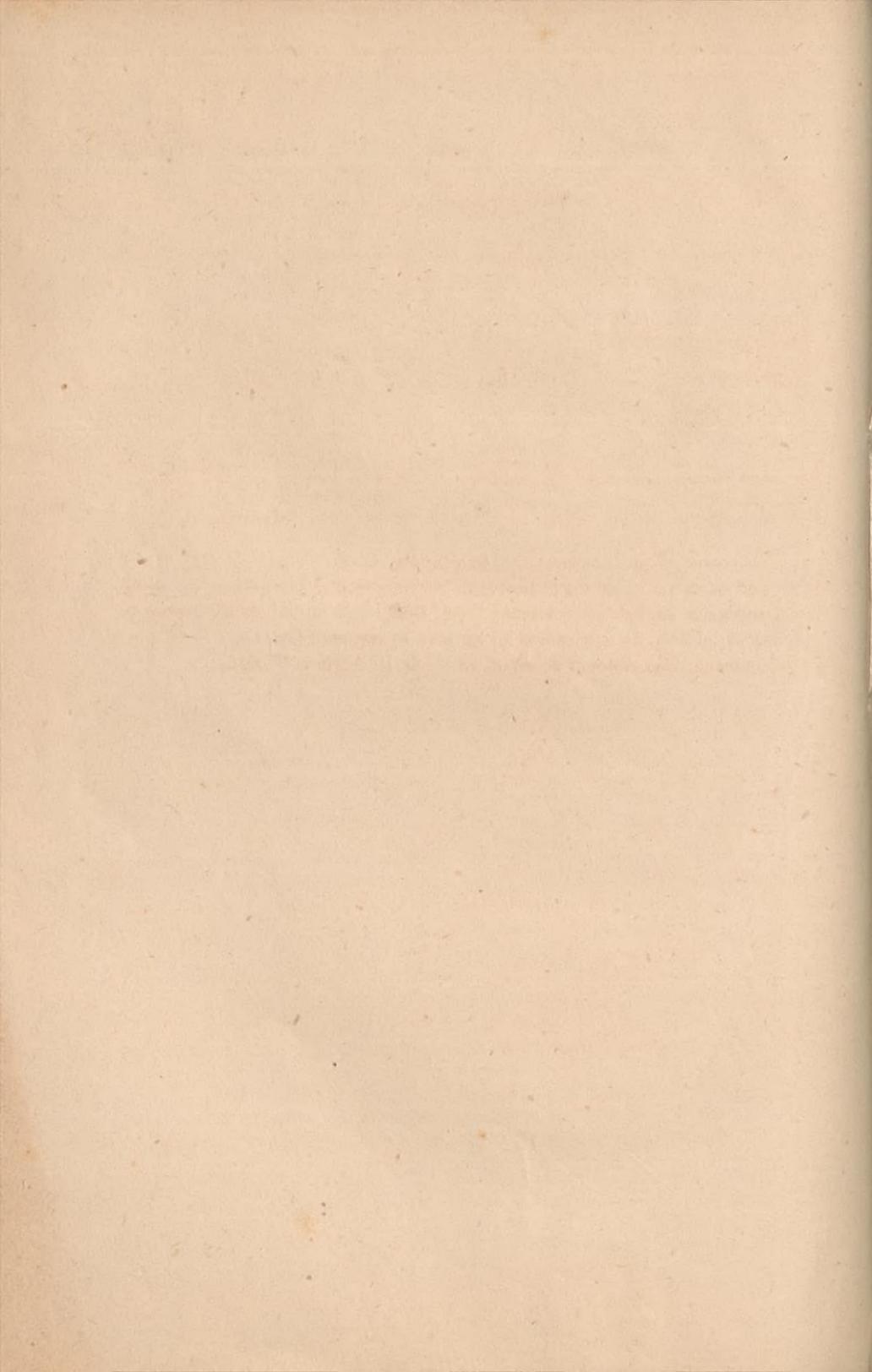
Dichoso el genio profundo
que pueda tornar al mundo
en una sola familia.

(El Padre Juan extiende los brazos por cima de los niños. Todos se arrodillan en torno suyo. Este cuadro final queda á cargo de los directores de escena. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA.







ZARZUELAS.

| | | | |
|-------------------------------------|---|---|-----------------------|
| Boda ó muerte..... | 1 | Sres. Navarro y Nieto... | L. y M. |
| Entre locos..... | 1 | D. J. Gaztambide..... | L. y M. |
| La vecchia Zitella..... | 1 | Sres. R. del Castillo y N. Manent..... | L. y M. |
| La voz pública..... | 1 | Coll y Britapaja y G. Cereceda..... | L. y M. |
| El laurel de oro..... | 2 | Sres. Granés, Navarro y Taboada..... | L. y $\frac{1}{2}$ M. |
| La buena ventura..... | 2 | D. Emilio Álvarez..... | L. |
| La criada..... | 2 | Sres. Vidal y Navarro y Esther..... | L. y M. |
| Á casarse tocan..... | 3 | D. José Inzenga..... | M. |
| Don Juan Tenorio..... | 3 | José Zorrilla..... | L. |
| Los sobrinos del capitán Grant..... | 3 | M. Fdez. Caballero.. | M. |

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *El matrimonio secreto*; *En el cuarto de mi mujer*; *En la sombra*; *La nieta del zapatero*; *La voz del corazón*; *Very Well*, y la mitad de *El laurel de la Zúbia*; el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano*, y el de la en tres llamada: *Una canción de amor*, obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.